



EL ENCUENTRO

SAGA VIAJES A EILEAN VOLUMEN I

Gemma Herrero Virto

El encuentro

Saga Viajes a Eilean, Volumen 1

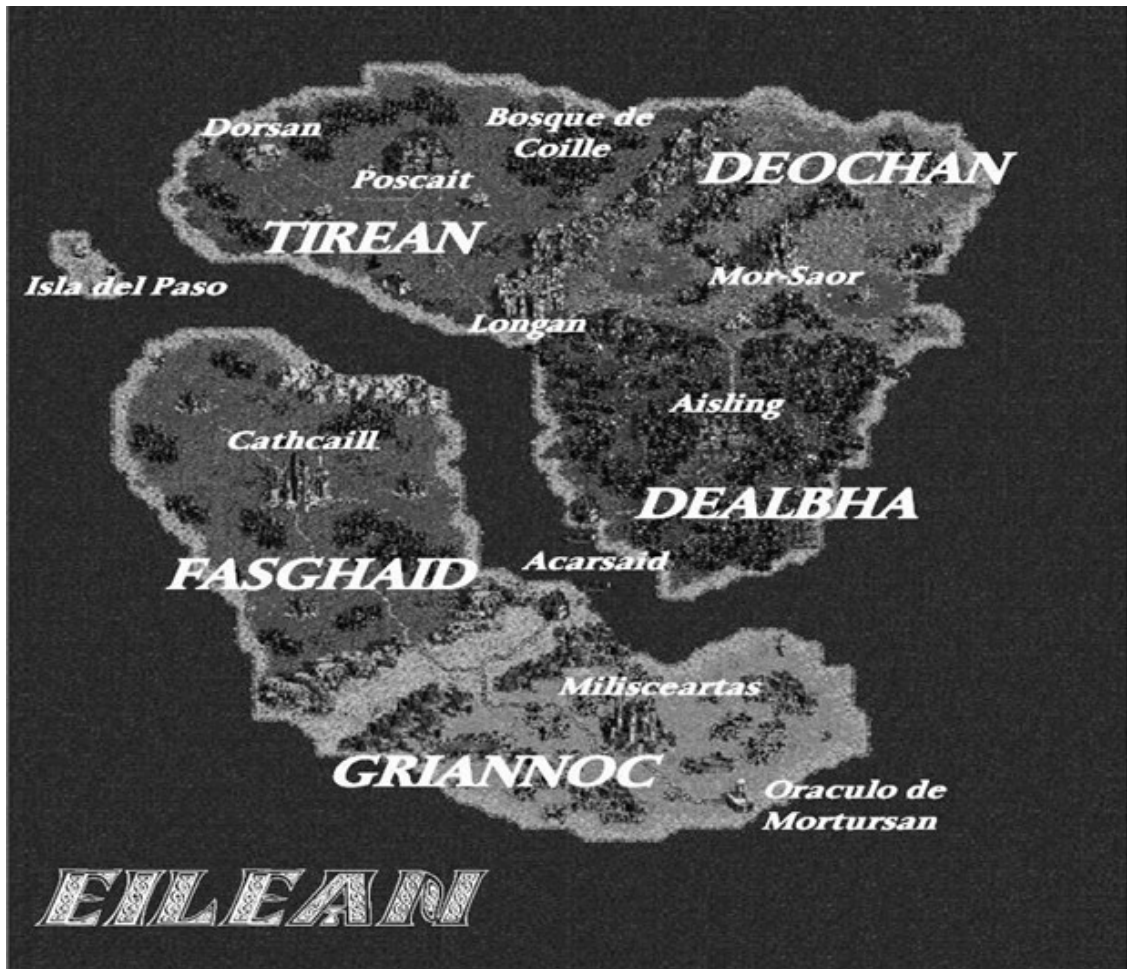
[Gemma Herrero Virto](#)

Copyright 2014 Gemma Herrero Virto

NOTA DE LA AUTORA

Este libro que estás a punto de comenzar pertenece a la saga de fantasía Viajes a Eilean.

Puedes encontrar los volúmenes siguientes de la saga en Amazon. Encontrarás la información en las páginas finales de este libro.



El encuentro

Índice

Prólogo: Agnes

1. El viaje
2. El primer día
3. Revelaciones
4. Sueño de otro mundo
5. La promesa

PRÓLOGO

Agnes

Laigin (Irlanda)

Año 514 D.C.

El ruido de carreras furtivas en el frondoso bosque hizo que Agnes levantara la cabeza, buscando algún lugar en el que esconderse. Recogió del suelo la cesta que había estado llenando de setas y se refugió detrás de unos matorrales.

Poco tiempo después, reconoció por las voces a sus incómodos acompañantes en el bosque. Eran Eremon, Niall y Finegas, tres niños del pueblo. Por un momento pensó en salir de su escondite para seguir buscando setas pero prefirió esperar a que las voces se desvanecieran en la lejanía. Eremon le daba miedo. El robusto hijo del herrero no era buena persona. Muchas veces le había puesto la zancadilla cuando pasaba a su lado o le había dado golpes cuando pensaba que nadie les veía. Los otros dos niños no eran tan malos pero le seguían como ovejas y harían todo lo que él les pidiera. Y, además, también se reían de ella cada vez que la veían. Sería mejor no buscarse problemas.

Esperó mucho tiempo sentada en el suelo deshojando flores hasta que le pareció prudente salir. Decidió que lo mejor sería internarse más entre los árboles. Ella conocía muy bien aquellos lugares y seguramente los niños no se atreverían a adentrarse tanto. Las viejas contaban que el pueblo de Shide habitaba en las entrañas del bosque. Había multitud de cuentos sobre encuentros con hadas, duendes y elfos, pero Agnes no sentía miedo. No creía que los seres mágicos pudieran ser más crueles con ella que la gente del pueblo y, en su interior, albergaba el deseo de encontrarlos, de que se apiadaran de ella y pudieran cambiar su triste vida. ¿Por qué no? Decían que ellos controlaban el tiempo. Quizá pudieran hacerla volver a aquel día en el que la cabaña se incendió y conseguir que su padre la sacara a tiempo, antes de que aquella viga se desplomase sobre su cuna y dejase su cuerpo quemado y deformado para el resto de sus días.

Agarró la cesta y salió de su escondite. Según se iba internando en el bosque se sintió más segura y feliz. Allí no había nadie que se riera de ella, nadie que apartase la vista con asco o pena. Sólo estaban ella y los antiguos árboles, el sonido del agua corriendo, del aire en las alturas... Además, el bosque oscuro y húmedo parecía darle la bienvenida con múltiples regalos, ya que las setas eran mucho más grandes y abundantes en aquella zona. Sonrió pensando en la cara de alegría de su madre cuando se presentase ante ella con la cesta repleta.

De repente escuchó un sonido extraño. Parecían gemidos, los lloros de algún niño pequeño. Se acercó sin hacer ruido, apartó unas ramas y sonrió ante la visión. Dos pequeños cachorros de zorro habían salido de la madriguera y sollozaban nerviosos, probablemente llamando a su madre. Agnes se acercó sin miedo. Siempre se había llevado bien con los animales. Los dos pequeños se acercaron torpemente y, cuando ella se sentó en el suelo, la olisquearon con curiosidad. Pasó un rato jugando con ellos hasta que el ruido de unas ramas secas rompiéndose y de susurros furtivos la hizo levantarse y volver a esconderse.

Enseguida reconoció las voces. Eran de nuevo los niños del pueblo y parecían dirigirse directamente hacia donde ella estaba. ¿La habrían seguido? Se agachó aún más y esperó, rogando que se alejaran de allí. Las voces se hicieron más fuertes hasta que los tres muchachos aparecieron ante sus ojos.

— No sé qué hacemos aquí— decía Niall a sus compañeros—. Seguro que nos acabamos perdiendo.

— Niall tiene razón— le secundó Finegas.

— Callaos los dos— ordenó Eremon—. Sé perfectamente dónde estamos. Sois unos cobardes.

En aquel momento los tres callaron. Agnes se asomó un poco y comprobó con horror que habían descubierto la madriguera frente a la cual los dos cachorros seguían esperando a su madre. Eremon se agachó, cogió una piedra y se la lanzó. Los cachorros se asustaron y corrieron unos metros pero no se atrevieron a alejarse más.

— Vamos, ayudadme a matarlos— gritó Eremon.

— Pero si sólo son unos cachorros— protestó Niall.

— Eso cuéntaselo a tu madre cuando crezcan y se coman vuestras gallinas— dijo Finegas, cogiendo también varias piedras—. Sólo son alimañas.

Los tres niños siguieron tirando piedras, derribando a las dos crías. Continuaron atacándolas durante un tiempo que a Agnes se le hizo eterno. Con los ojos llenos de lágrimas contempló como la sangre salía de los pequeños cuerpos indefensos, como seguían cayendo piedras sobre ellos a pesar de que hacía tiempo que no se movían. Estuvo tentada de salir a defenderlos pero tuvo miedo de los chicos. Sus caras estaban deformadas por el odio, sus ojos parecían reflejar un brillo maligno. Parecían monstruos, terribles demonios, y Agnes no dudó que se convertiría en su próxima víctima si salía en aquel momento. Después de todo, sabía que a ella la consideraban poco más que una alimaña.

Eremon dejó de tirar piedras y se acercó a los cachorros. Agarró uno por la cola y lo agitó, demostrándoles a sus compañeros que estaba muerto. Los tres chicos prorrumpieron en salvajes gritos de alegría. Eremon arrojó el pequeño cuerpo ensangrentado y se acercó a sus compañeros, que le palmearon la espalda como si se tratase de un héroe que volviese de alguna gloriosa batalla. Los tres se alejaron por el bosque, gritando y corriendo.

Agnes esperó hasta que dejó de oírlos y salió de su escondite, sollozando. Un ruido entre unos matorrales cercanos la alertó. Un zorro más grande apareció entre la espesura y corrió hacia los cachorros. Los olisqueó durante un rato, golpeándolos con el hocico para que se moviesen, sin poder asimilar que estaban muertos. Agnes se acercó despacio, con las palmas extendidas para demostrar que no quería hacerles daño. El zorro le enseñó los dientes, gruñendo amenazador. Sin saber muy bien lo que hacía, Agnes siguió aproximándose. Se sentó entre los dos pequeños cuerpos y extendió una mano sobre cada uno de los cadáveres.

El zorro retrocedió espantado unos pasos, contemplando la luz blanca que surgía de las manos de Agnes. Ella no se asustó. Aunque nadie lo supiera, había hecho aquello otras veces, como cuando su única vaca se puso enferma y murió y ella no quiso que su madre se pusiera triste. Se concentró en los dos cuerpos que yacían en el suelo, en hacer que la luz que salía de sus manos fuera más potente y pura. Las heridas empezaron a cerrarse y el pelo volvió a crecer en los lugares en los que las pedradas lo habían arrancado. Uno de los

cachorrillos empezó a moverse y volvió a gemir, despertando del frío sueño. Segundos después, la otra cría también empezó a moverse. Ambos cachorros se levantaron y se dirigieron hacia su madre, que les recibió lamiéndolos con cariño.

De repente los tres animales echaron a correr espantados y desaparecieron en el bosque. Agnes se quedó mirándolos, preguntándose qué les habría asustado. Una piedra golpeó su cabeza antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando.

— ¡Bruja! ¡Es una bruja!— gritó la voz de Eremon a su espalda.

Se arrastró, intentando girarse hacia ellos mientras la lluvia de piedras seguía golpeando su cuerpo. Los tres chicos estaban de pie, al borde del claro, mirándola con odio y temor mientras seguían apedreándola. Agnes extendió un brazo, intentando suplicar clemencia pero sólo consiguió que incrementaran la fuerza de sus ataques.

— Rápido o nos lanzará un hechizo. Hay que matarla— chilló Finegas, asustado.

Eremon miró a su alrededor y encontró una gran piedra. La levantó con esfuerzo y se dirigió hacia Agnes, situando la piedra sobre su cabeza.

— Por favor, no...— consiguió pronunciar Agnes.

— Mátala, mátala...— gritaron histéricos sus dos compañeros.

Agnes clavó sus ojos en el rostro de Eremon, buscando una sombra de compasión, pero sólo se encontró con la cruel y salvaje sonrisa del muchacho.

Cuando abrió los ojos y se vio inmersa en aquel túnel de luz blanca, se sintió asustada y sola. Intentó recordar qué había pasado y se estremeció cuando la sonrisa de Eremon se abrió paso en su mente. ¿Qué habría sucedido? ¿Dónde estaba?

Se levantó torpemente e intentó observar sus heridas pero allí no había nada. No podía ver su cuerpo y tampoco lo sentía. Sintió que el terror la invadía. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Cómo iba a salir de aquel túnel si no tenía piernas? ¿Habría alguna salida de aquel lugar o era aquello lo que les esperaba tras la vida?

Descubrió que podía avanzar por el túnel con sólo proponérselo. Decidió ponerse en movimiento, intentando encontrar a alguien que pudiese ayudarla, explicarle qué estaba pasando... Habría dado cualquier cosa por un abrazo de su madre.

Le pareció que la luz cambiaba al final del túnel. Cuando estuvo más cerca, distinguió un cielo de un brillante color azul, una pradera verde, enormes árboles como los que rodeaban su aldea... Salió del túnel y volvió a contemplarse, buscando su cuerpo, pero no encontró nada.

Unas esferas de potente luz blanca aparecieron entre los árboles. Agnes las contempló, sintiéndose paralizada mientras se aproximaban. Parecían compuestas por la misma luz que había formado las paredes del túnel. Cuando estuvieron más cerca, se dio cuenta de que dentro de cada una de las esferas se vislumbraba una pequeña figura. Su cuerpo era translúcido, muy delgado y con extremidades alargadas. Sus cabellos parecían rayos que se extendiesen llenando la esfera. Dentro de aquella blancura, sus ojos, muy grandes y plateados, resplandecían. Agnes se giró, intentando volver al túnel.

— Está cerrado, querida— las cristalinas voces sonaron dentro de su cabeza. Parecían dulces y cariñosas, como la voz de una madre. No pudo distinguir cuántas le hablaban a la vez. Sonaban como un coro bien afinado, como si hubiesen pasado años entrenando para transmitirle ese mensaje sin que ninguna desentonase—. No tienes nada que temer de nosotros ni de Eilean.

— ¿Eilean? ¿Qué es eso?— preguntó Agnes.

— Es el nuevo mundo que hemos creado para vosotros. Tú eres su primer habitante. Bienvenida— contestó el coro de voces.

— ¿Sois hadas?— les preguntó asombrada.

— Bueno, así nos habéis llamado a veces— contestaron ellas entre risas—. Esperamos que disfrutes de este nuevo mundo.

— Esperad, no os marchéis— suplicó Agnes—. ¿Voy a estar aquí sola?

— Por desgracia creemos que pronto tendrás muchos compañeros. Sólo debes esperarlos.

— ¿Y no voy a tener cuerpo?— preguntó extrañada.

— Sí, si lo quieres... No habíamos previsto el detalle de que los seres humanos no os sentiríais bien siendo incorpóreos. Como nosotros lo somos la mayor parte del tiempo... — las voces parecieron confusas—. ¿Cómo crees que deberíais ser?

Agnes se tomó su tiempo para contestar. Ella había sufrido durante toda su vida por estar atrapada en un cuerpo que los demás consideraban horrible. ¿Cómo iba a elegir por todos los que llegaran? ¿Y si no les gustaba lo que ella decidía?

— Creo que cada uno debería ser como deseara, como se imagine a sí mismo en sus mejores sueños— respondió al fin.

— Así será pero, ¿qué hay de ti?— preguntaron las voces—. No encontramos en tu mente ninguna imagen de ti misma, no hay recuerdos de tu cuerpo en la Tierra.

Agnes asintió mientras seguía pensando. Era cierto, toda su vida había huido de cualquier reflejo que le enseñase su cuerpo o su rostro. Nunca había imaginado cómo habría sido si aquel incendio no la hubiese atrapado. Le resultaba demasiado doloroso... Y ahora se encontraba con la posibilidad que siempre había soñado de ser tan bella como quisiera y no era capaz de encontrar una respuesta. Quizá podría pedir el cuerpo de Tea, la chica más guapa del pueblo. Pero no se encontraría cómoda, nunca sería ella sino una farsante dentro de un cuerpo robado. Pensó con amargura que no se sentiría nunca cómoda dentro de un cuerpo humano y entonces se le ocurrió una idea.

— ¿Puedo ser como yo quiera? ¿Sea lo que sea?

— Por supuesto. Tan sólo concéntrate en la imagen.

Agnes pensó en el poder, la grandeza, la magnificencia de su cuerpo deseado mientras sentía que una cálida luz blanca la envolvía. Cuando todo terminó, abrió sus nuevos ojos y extendió las alas para que el sol les arrancase brillos plateados.

1. El viaje

Las siluetas de sus padres fueron haciéndose más pequeñas y borrosas, hasta convertirse en manchas de color difuminadas contra la estación de Atocha. Luna se recostó en el respaldo del asiento y cerró los ojos, intentando que no se escapasen las lágrimas que había logrado contener durante la larguísima despedida. Era una tontería llorar. Les vería cuando acabase el verano, dentro de tres meses. Seguramente se le pasarían volando pero nunca había estado lejos de ellos tanto tiempo. La imagen de su madre con la mano apoyada contra la ventanilla, intentando un último contacto mientras el tren arrancaba, llenó su mente. Parecía realmente preocupada, casi desconsolada, y la mano de su padre agarrándola por el hombro le había dado la impresión de ser más un intento de contenerla para que no corriese a sacarla del tren que un gesto de apoyo. Durante unos segundos se había sentido impulsada a bajarse y correr a su lado para tranquilizarla. Pero no había sido sólo eso. Por un momento le había parecido que sus padres sabían algo que ella desconocía y que hacer aquel viaje era una mala idea.

Abrió los ojos y se fijó en el paisaje que corría veloz al otro lado de la ventanilla. Respiró profundamente y una ancha sonrisa iluminó su rostro. No había nada por lo que preocuparse, todo iba a ser perfecto. Por fin iba a salir de Madrid, a conocer nuevos lugares, a encontrarse con su tía después de tantos años de desearlo... Atrás quedaba el año de colegio, las peleas con su madre, el humo gris del cielo de Madrid, la gente enfadada y apresurada de sus calles... Aquello era casi como irse a conocer un mundo nuevo y, a pesar de que los nervios la comían por dentro, no recordaba la última vez que se había sentido tan ilusionada.

El recuerdo de la cara preocupada de su madre le hizo sentir culpable por un segundo pero enseguida apartó aquella idea de su cabeza. No iba a pasarle nada. Sus padres no la habrían dejado partir a ningún lugar que supusiese un peligro para ella. No se iba a integrar en ninguna secta, ni viajaba como voluntaria a algún territorio en guerra. Sólo iba a pasar el verano en un pueblecito de Navarra con su tía Emma. Seguramente estaban preocupados porque ella no la controlase tanto como ellos y acabase llegando borracha a las tantas de la mañana, después de haberse enamorado perdidamente de algún chico del pueblo con el que intentaría fugarse al llegar Septiembre para no tener que separarse. Sonrió ante aquel

pensamiento y notó que los nervios aflojaban un poco la tensión que ejercían sobre su estómago.

Mientras el tren dejaba atrás las últimas ciudades de Madrid, se puso cómoda en el asiento y sacó el MP3, buscando una emisora al azar que la distrajera. Eran casi cuatro horas de viaje y ya había visto la película que estaban poniendo. Paseó la mirada por el vagón observando a los pocos viajeros que habían salido de Madrid a aquella hora. Una pareja de enamorados sentados varias filas más adelante, que miraban la película agarrados de la mano. Una mujer con tres niños pequeños que luchaban por cambiarse continuamente de asiento. Un hombre de pelo blanco leyendo un libro. Una joven ejecutiva que tecleaba algo en un portátil...

Se distrajo un rato observándolos, intentando imaginar qué clase de vida llevaban, por qué hacían aquel viaje, qué estarían pensando... Seguramente eran pasajeros como ella que se dirigían a pasar unos días de vacaciones en el norte pero era divertido imaginar otras historias: la ejecutiva estaba aprovechando aquel viaje para ir a encontrarse con un nuevo amor que había conocido por Internet y al que estaba escribiendo un e-mail diciéndole lo nerviosa que estaba. El hombre mayor volvía al pueblo en el que nació para encontrarse con sus amigos de juventud. La joven pareja se había escapado de casa porque el padre de ella no les dejaba verse y querían meterse de polizones en algún barco que les llevase a un puerto lejano y desconocido donde empezar de nuevo... Y la mujer con los tres niños... Era la más complicada. Viendo su cara de agobio pensó que quizá pretendía meter a los niños en el mismo barco en el que se fugarían los enamorados para perderlos de vista para siempre. Le pareció que la mujer se había dado cuenta de que la observaba, así que contuvo la sonrisa y volvió la vista al paisaje.

Los altos edificios habían dejado paso a campos amarillentos que se extendían hasta el horizonte. De vez en cuando aparecía un pueblecito, rodeado de cultivos de trigo dorado o de girasoles que ya inclinaban sus cabezas a la luz del atardecer. Pensó en cómo sería el sitio al que iba. Nunca había estado en casa de la tía Emma. De hecho ni siquiera sabía si vivía en una casa en medio de un pueblo como los que estaba contemplando o si tenía un piso en alguna pequeña ciudad o un moderno apartamento. Lo único que sabía era que vivía cerca de Estella y, por mucho que había buscado en Internet, con tan pocos datos no había podido hacerse una idea. Había pensado en sacar la conversación muchos días durante la

cena pero sabía que a su madre no le caía bien la tía Emma. Sus padres habían discutido mucho acerca de dejarla pasar las vacaciones con ella, así que, ante el miedo a que las discusiones volvieran y terminasen por no dejarla ir, había preferido aguantar la curiosidad y callarse todas las preguntas que tenía dentro.

Intentó recordar cosas de la tía Emma. Cuando era pequeña solía ir a verlos. Pero un día, hacía ya muchos años, dejó de visitarlos. Solamente llamaba por teléfono de vez en cuando y, aunque siempre preguntaba por ella, Luna sabía que su madre solía decirle que no estaba. Casi nunca funcionaba. Su tía insistía hasta conseguir que se pusiese al teléfono, como si tuviese la seguridad de que su madre mentía.

Tenía una voz dulce y tranquila, casi susurrante. Cuando hablaban, Luna olvidaba que para ella era una completa desconocida de la que ni siquiera podía recordar el rostro y se encontraba contándole sus sueños, sus preocupaciones más profundas, sus miedos... Habría podido pasarse horas al teléfono hablando con ella, acuciada por la pena siempre presente de no saber cuándo volvería a producirse el contacto, cuando podría volver a oír aquella voz que la tranquilizaba y hacía desaparecer todas sus inquietudes. Sobre todo porque Luna no podía decidir cuándo hablar con ella. No se podía llamar a la tía Emma: no tenía teléfono, ni fijo ni móvil. A no ser que ésa fuera otra de las mentiras de su madre y que su tía no hubiese querido contradecirla.

Aparte del sonido de su voz, no podía recordar mucho más de ella. Su recuerdo estaba difuminado por los años y en casa no había logrado encontrar ninguna fotografía en la que apareciese. Recordaba una piel pálida, una larga cabellera castaña, largos y vaporosos vestidos negros y el brillo de la plata en todos sus dedos. En su recuerdo era casi como una oscura hada madrina, una mujer misteriosa y distante cuyas facciones se perdían en la bruma. Suspiró sabiendo que la realidad no sería tal y como ella recordaba y que aquella imagen idílica de dama de la noche se rompería en cuanto tuviese delante a una mujer de carne y hueso, de alrededor de cuarenta años, que seguramente vestiría con vaqueros o traje y cuyos rasgos, marcados por algunas arrugas, le resultarían tremendamente parecidos a los de su padre.

Abrió la mochila y miró el teléfono móvil. Le resultó extraño que no hubiese ya llamadas de su madre diciéndole como debía comportarse o pidiéndole que volviese a casa. Parecía

que, después del momento de flaqueza de la estación, su padre ya había conseguido tranquilizarla y hacerle ver que no le pasaría nada malo. Pensó en llamar a Cristina para contarle lo nerviosa que estaba pero ya habían hablado del viaje durante horas en los últimos días y por el momento no había sucedido nada nuevo que pudiese decirle. Le habría gustado que Cristina estuviese con ella durante aquel verano pero todavía no tenía la suficiente confianza con la tía Emma como para pedirle que invitase también a su amiga. Quizá más adelante, cuando se conociesen un poco mejor, podría pedirle que la dejase visitarla una temporada.

Se imaginó lo que estaría haciendo Cristina en aquel momento. Seguro que estaba delante del ordenador, entretenida con alguno de esos raros juegos online que tanto la obsesionaban, con la persiana de su habitación casi cerrada para que no entrase el calor de la calle. Recordó con una sonrisa las discusiones que tenían todas las tardes intentando convencerla de que fuesen a la piscina para ponerse un poco morenas y su cara de espanto imaginándose rodeada de pijitas con el pelo rubio teñido y chulitos musculosos que mirarían si le quedaba bien el bañador. Era casi imposible sacar a Cristina de casa y aún era peor en verano. Su palidez y sus ropas siempre negras desentonaban demasiado. Tenía que darle la razón a su madre en que había elegido como amiga a la chica más rara de todo el instituto pero Cristina no tenía igual en saber escuchar a los demás o estar siempre a su lado cuando la necesitaba. Ojalá pudiesen estar juntas algunos días. La perspectiva del viaje resultaba emocionante pero le habría gustado poder compartir con ella aquellos momentos en lugar de estar sentada sola y nerviosa en aquel vagón en el que el aire empezaba a cargarse y calentarse, haciendo que la ropa se le pegase al asiento. Intentó no pensar en ello y ponerse cómoda, dejando que su mirada volviese a vagar por el paisaje.

Unas horas después, la vista que corría al otro lado de la ventanilla había cambiado por completo. Había oscurecido y los campos dorados habían sido sustituidos por altas montañas que se extendían sin fin cubriendo todo el horizonte. Enormes praderas oscuras ocupaban ambos lados de la vía y, de vez en cuando, pasaban por delante de pequeños pueblos de casas de piedra. El tren se internaba en aquellas montañas, atravesando largos túneles, para volver a salir muchos minutos después. Luna sintió que los nervios crecían. Ya estaba en el norte, así que debía quedar muy poco. Las poblaciones fueron apareciendo con

mayor frecuencia. Una voz metálica de mujer anunció por los altavoces que llegarían al final del trayecto en cinco minutos. Luna bajó el equipaje de las baldas superiores y lo situó a su lado en el pasillo.

Cuando el tren entró en la estación, pegó la cara contra el cristal, intentando vislumbrar la silueta de su tía entre la gente que esperaba. Personas desconocidas fueron sucediéndose al otro lado de la ventanilla, pero no pudo verla. Seguramente, tal y como había temido, la mujer que la esperaba no se parecía nada a la que aparecía en sus recuerdos y por eso no podía encontrarla. El tren se detuvo y las puertas se abrieron. Luna bajó del vagón, con una pesada maleta en cada mano y su mochila a la espalda, y se quedó parada en medio del andén, observando los abrazos de la gente que se encontraba, las sonrisas, los besos, los gritos de alegría... Intentó encontrar a una mujer que estuviese sola y pareciese buscar a alguien como ella hacía. Era posible que su tía tampoco la hubiese reconocido y por eso nadie se hubiese acercado a darle la bienvenida.

Los grupos fueron alejándose hacia la salida de la estación. Cada vez quedaba menos gente en el andén. Luna dejó las maletas en el suelo y volvió a girar sobre sí misma, preguntándose qué habría ocurrido. Quizá simplemente llegaba tarde. Sólo tenía que tranquilizarse y esperar un rato. Pensó aterrada que quizá su tía se había equivocado de día y que no tenía ninguna manera de comunicarse con ella. ¿Qué podría hacer? ¿Llamar a sus padres y decirles que volvía?

Cogió de nuevo las maletas, que parecían pesar cada vez más, y caminó hasta un banco para sentarse a esperar. La estación iba vaciándose. Seguramente querrían cerrarla dentro de poco, así que tampoco le quedaba la posibilidad de seguir esperando allí mucho tiempo. Consultó el panel de horarios. No había un tren a Madrid hasta las siete de la mañana siguiente. La idea de tener que pasar la noche sola recorriendo una ciudad desconocida hizo que un escalofrío le recorriese la espalda. No era posible que su tía se hubiese olvidado. Parecía tan ilusionada como ella ante la idea de pasar el verano juntas.

Recorrió de nuevo la estación con la mirada. Ya no quedaba nadie, aparte de dos vigilantes que conversaban entre ellos y que seguramente le pedirían que se marchase en unos minutos. En aquel momento oyó unos pasos acelerados que entraban en la estación. Se puso de pie y miró hacia el origen del ruido pero volvió a sentarse al cabo de unos

segundos, desilusionada. La persona que se acercaba a la carrera era un hombre mayor, con una camiseta roja que se le ajustaba demasiado sobre la abultada barriga. El hombre llegó al principio de los andenes y miró en todas direcciones, como si buscara a alguien. Cuando su mirada se posó en Luna, reanudó su carrera hacia ella. Se paró frente al banco e intentó hablar pero su respiración era tan agitada que le hizo un gesto con la mano, pidiéndole que esperara mientras se recuperaba. Ella le observó, intentando decidir si debía levantarse y marcharse o echarse a reír ante el aspecto del hombre. Sus gordas mejillas rivalizaban en intensidad con su camiseta y desde su amplia calva se deslizaban gruesas gotas de sudor.

Medio minuto después el hombre pareció recuperar el resuello y, con una voz aún entrecortada, se dirigió a ella:

— Eres Luna, ¿verdad?

Ella le miró intrigada, preguntándose de qué podía conocerla aquel hombre. Quizá era el marido de la tía Emma, aunque ella no tuviera ninguna noticia de que estuviera casada. Al fin asintió, sin que se le ocurriera añadir nada más. El hombre sonrió, agarró las dos maletas haciendo un gesto de esfuerzo y volvió a dirigirse a la salida. Luna dudó unos segundos, sin saber cómo comportarse, y por fin caminó a paso rápido detrás del hombre, decidida a saber qué estaba pasando o, al menos, a recuperar sus maletas.

— Disculpe— le dijo una vez que se situó a su lado—. ¿Podría decirme quién es usted?

— Juan Márquez— contestó él sin aflojar el paso—. Soy taxista. Tu tía me pidió que viniera a buscarte.

— ¿Ella se ha quedado en el taxi?— preguntó Luna, esperanzada.

— No, tengo que llevarte hasta su casa— el hombre salió de la estación y caminó hacia un taxi aparcado en doble fila. Metió las maletas atrás y se sentó al volante—. Vamos, se está haciendo tarde.

Luna se quedó quieta en medio de la acera, sin saber qué hacer. No le gustaba la idea de montarse en el coche de aquel desconocido y se sentía muy defraudada por la manera en la que su tía se estaba comportando. ¿Por qué no había ido a recibirla? ¿Es que ella le

importaba tan poco como para no ir a buscarla después de llevar más de diez años sin verse? Y, si tan poco importante era para ella, ¿por qué la había invitado a que pasasen el verano juntas? Abrió la puerta del coche y se sentó detrás. No le quedaba más opción. Llevaba todo su dinero en una de las maletas que el hombre acababa de guardar en el taxi.

— Siento haberme retrasado— dijo el hombre en cuanto arrancó—. El viaje que tuve que hacer antes me llevó más tiempo de lo que creía. He venido lo más rápido que he podido.

— No se preocupe— contestó ella—. No importa.

— Todavía queda bastante hasta llegar a Estella— continuó el taxista—. A ver si llegamos rapidito que nos van a dar las doce.

Luna se limitó a asentir mientras miraba por la ventanilla. El hombre comprendió que no quería conversación y conectó la radio mientras salía a toda velocidad de la ciudad. Mientras los edificios pasaban con rapidez ante sus ojos sentía una y otra vez las mismas dudas. Se encontraba insegura, perdida, asustada... Y también enfadada. No era justo como la estaba tratando su tía, haciéndole creer que era una visita deseada e importante y comportándose después de aquella manera.

El taxi salió de la ciudad y siguió circulando por una carretera rodeada de montañas bajas y profundos bosques oscuros. Luna intentó olvidar su mal humor fijándose en el paisaje pero, a pesar de que una espléndida luna llena brillaba en lo alto, su luz y la de las farolas que bordeaban la carretera no era suficiente para que pudiese apreciar nada. Además, la ilusión por el viaje y por conocer aquel nuevo lugar se había desvanecido. Parecía que el camino estaba rodeado de sombras amenazadoras, que los faros del coche rasgando las profundidades del bosque le dejaban vislumbrar fugaces figuras escondidas... Cerró los ojos un momento, deseando que al abrirlos todo aquello sólo fuese un raro sueño. Le habría gustado despertarse en la tranquilidad de su dormitorio en Madrid en lugar de estar encaminándose a un lugar extraño en el que le esperaba una mujer que ahora le parecía lejana y amenazadora.

Se acercaron a un grupo de colinas bajas y, al pasar entre ellas, las brillantes luces de una pequeña ciudad aparecieron de la nada. Luna se inclinó hacia delante para hablar con el conductor:

— ¿Qué ciudad es esa?— le preguntó señalando.

— Es Estella, ya casi hemos llegado— contestó él, intentando que su voz superase el volumen de la música.

— Hace un momento parecía no estar ahí— comentó Luna, extrañada.

— Sí, ya lo dice el dicho...— el taxista se giró para sonreírle mientras recitaba—. “No se ve Estella hasta llegar a ella”. Tu tía vive a las afueras, llegaremos en cinco minutos.

Luna volvió a recostarse mientras contemplaba el lugar en el que iba a vivir los próximos tres meses. La ciudad estaba tranquila, como dormida. A pesar de que se veían altos edificios, como en todas las ciudades, tras cada rincón se descubrían las fachadas de antiguas casas, el brillo dorado del agua a la luz de las farolas en una vieja fuente, un pequeño puente de piedra blanca resaltando en la oscuridad... Era tan diferente de Madrid, tan silenciosa y atemporal...

El taxi dejó atrás la ciudad y, pocos minutos después, cruzó un pequeño puente. La carretera volvía a ser oscura. Lo único que se divisaba eran los sombríos y alargados contornos de los pinos que la flanqueaban y, a lo lejos, la silueta de un edificio en ruinas, quizá alguna antigua ermita. Cuando la sobrepasaron, el taxista se internó por una estrecha senda. Agarrándose al asiento delantero para evitar el traqueteo, Luna se inclinó hacia el conductor:

— ¿Queda mucho todavía?

— No, ya casi estamos— contestó él, negando con la cabeza—. Tu tía vive un poco más adelante, nada más pasar el Parque de los Desvelados.

— ¿Y eso qué es?— preguntó ella.

— Una especie de exposición al aire libre. Esculturas de esqueletos y calaveras gigantes— le explicó él—. Deberías visitarlo pero mejor que lo hagas de día.

Luna volvió a reclinarsse en su asiento, preguntándose si el hombre estaría intentando burlarse de ella y deseando en su interior que fuese así. ¿Qué clase de gente vivía en aquel pueblo? No podía imaginarse un lugar peor para vivir que rodeada de aquel bosque lóbrego y al lado de una exposición de calaveras.

Un poco más adelante, Luna divisó una alta verja de hierro forjado que estaba abierta de par en par. El taxi la cruzó, entrando en un camino de gravilla rodeado de altos árboles. Al fondo del camino se divisaba una casa. No había farolas bordeando el camino por lo que no pudo distinguir muchos detalles, sólo su silueta recortándose contra un bosque uniforme. Le pareció demasiado alta para su anchura, dándole la extraña apariencia de una torre de cuento. Parecía tener muchas ventanas, como ojos que la observasen en la oscuridad, pero de ninguna de ellas salía luz.

El taxi paró y el conductor bajó y sacó el equipaje del maletero, dejándolo en los escalones de entrada. Luna salió del coche despacio, echando un vistazo a su alrededor mientras se preguntaba por qué su tía no había salido a recibirla al oír el ruido del motor.

— Bueno, si no necesitas nada más, me marcho ya— le dijo el taxista.

—¿No tiene que esperar a que salga mi tía?— le preguntó, temiendo que la dejase allí sola.

— No, me pagó la carrera al hacerme el encargo. Pero me parece raro que no haya salido a recibirte— el hombre volvió a cargar con las maletas y subió los escalones hasta llegar a la puerta.

Luna le siguió, colocándose a su lado para ver qué hacía. El hombre levantó una aldaba de hierro labrado situada en medio de la puerta y llamó un par de veces. El ruido sonó ensordecedor en el silencio del bosque, espantando a una bandada de pájaros que surgieron de los árboles cercanos. La puerta cedió ante el golpe. El hombre se asomó, seguido de Luna. Ante ellos se extendía un recibidor vacío, del que partían unas escaleras hacia el piso superior de la casa. Al fondo se vislumbraban dos puertas y de una de ellas parecía surgir una débil claridad.

— ¿Emma?— llamó el taxista. No recibió ninguna respuesta, solo los ecos despertados en la vieja casa—. Vaya, parece que no está. Quizá haya tenido que salir por trabajo.

— ¿Por trabajo? ¿A estas horas?— preguntó Luna.

— Sí, quizá alguien se haya puesto enfermo y ha tenido que acudir.

— No sabía que mi tía era médico— confesó Luna. Ante la cara de desconcierto del taxista se explicó—. Es la primera vez que vengo a visitarla. Hace años que no sé nada de ella.

— Bueno, no es médico exactamente, pero eso ya te lo explicará ella. Seguramente no tardará en llegar, así que, si no te importa, va siendo hora de que vuelva a casa si no quiero que mi mujer me mande a dormir a la calle. Estarás bien, ¿verdad?

Luna asintió a pesar de que no le hacía ninguna gracia la idea de quedarse a solas en aquella casa extraña y oscura. Por suerte el hombre pareció adivinarle el pensamiento ya que palpó las paredes hasta encontrar un interruptor. La suave luz de la lámpara disipó las sombras de los rincones, haciendo que se sintiese más tranquila.

El hombre salió de la casa y entró en el coche. Luna le siguió para despedirse y se quedó parada al lado de la ventanilla. El taxista bajó el cristal y le tendió una tarjeta de visita.

— Toma, aquí tienes mi teléfono, por si necesitas que te lleve a algún sitio— le dijo mientras la observaba con rostro preocupado, como si le diera pena dejarla allí.

El coche arrancó y Luna se quedó quieta en el camino, agarrando aquella tarjeta como si fuera una tabla de salvación. El hombre sacó la mano por la ventanilla antes de que el coche cruzara la verja de hierro y le hizo un gesto de despedida. Luna no le respondió. Siguió inmóvil, preguntándose si debería ir a por el teléfono y llamarle inmediatamente para que se la llevara de aquel lugar.

Cuando el ruido del motor desapareció, el ambiente le pareció aún más sobrecogedor. No se oían coches, ni voces de personas cercanas, ni los sonidos amortiguados de los televisores. Aquellos eran los sonidos de su ciudad, a los que estaba acostumbrada desde niña, pero

parecían haber sido desterrados de aquel lugar en medio del bosque en el que lo único que se percibía era el silbido del viento entre los árboles, el entrecocar de las ramas...

Entró de nuevo en la casa y abrió la mochila para sacar el móvil. Se sentiría más tranquila con él en las manos y, si todo seguía siendo igual de extraño, llamaría al taxista, que aún no debía estar muy lejos, y le pediría que pasase a recogerla. Cuando miró la pantalla, sintió que el alma se le caía a los pies. No podía estar sin cobertura, era imposible. En aquel momento se explicó por qué nunca había podido llamar a su tía por teléfono. En aquel lugar inhóspito no había cobertura para el móvil y era muy probable que tampoco las líneas de teléfonos fijos llegasen hasta allí.

Volvió a entornar la puerta de entrada, dejando fuera la oscuridad y el silencio del bosque. Decidió dejar las maletas donde estaban y caminó despacio hasta la habitación de la que surgía la débil claridad. Parecía un pequeño salón en el que tampoco había nadie. En la pared del fondo una chimenea iluminaba un poco la estancia, revelando estanterías llenas de libros, dos mullidos y anticuados sillones y una pequeña mesa con una silla en un rincón. Buscó en la pared hasta encontrar un interruptor y caminó hasta la mesa. Alguien había servido la cena para una persona: ensalada, leche, un plato con galletas... Y en una esquina encontró un papel, doblado por la mitad. Lo cogió, esperando encontrar allí alguna explicación a lo que estaba pasando. Una letra pequeña y retorcida que reconoció de las tarjetas de felicitación que le enviaba su tía llenaba el papel:

Siento mucho no haber estado aquí para recibirte, Luna. No me di cuenta de que esta noche estaría ocupada hasta que ya habías salido de Madrid. Te he dejado algo para cenar, espero que te guste.

Tu habitación está en el primer piso, la segunda puerta de la izquierda. No hace falta que me esperes despierta. Mañana te enseñaré la casa y te resarciré por todo esto. Espero que me perdones. Un beso,

Emma

Se sentó a la mesa, sintiéndose aún sola y asustada. Comió un par de galletas y se bebió el vaso de leche, dejando todo lo demás. Su estómago seguía contraído por los nervios. Si intentaba comer algo más, vomitaría. Además, odiaba las ensaladas.

Salió de la sala, regresó a la entrada y recogió sus maletas. Al ver la puerta entornada, se preguntó si debería cerrarla. Quizá su tía había salido sin llaves y no podría entrar. Usando el talón, dio una leve patada a la puerta para que se cerrase. Si no tenía llave, que llamase. Así aprendería a no dejarla en una casa extraña sin indicaciones de lo que debía hacer. Además, se sentía más tranquila dejando el bosque y sus sombras al otro lado de la gruesa puerta.

Decidió no subir al oscuro piso de arriba a buscar su habitación. Sería mejor esperar a que su tía volviera sentada en uno de los sillones del salón, cerca de la chimenea. Seguramente Emma no tardaría mucho en volver y, además, se encontraba tan nerviosa por todo lo que estaba pasando que estaba segura de que no podría dormir.

Abrió una de sus maletas, sacó un amplio jersey de lana y se sentó frente a la chimenea, tapándose con él. En la pared de enfrente, un gran ventanal dejaba ver el bosque de la parte posterior de la casa. La luna llena brillaba pálida y blanca en las alturas. Esperó mucho rato, paseando la mirada entre el gran ventanal, las llamas cambiantes de la chimenea y la pantalla de su móvil, que seguía negándose a coger cobertura.

Debió de quedarse adormilada pasadas las dos de la madrugada, cansada ya de esperar. Un rato después despertó desconcertada. En los primeros segundos no fue capaz de recordar dónde estaba. Paseó la mirada por la habitación, intentando ubicarse. Los recuerdos fueron volviendo poco a poco. Aguzó el oído, intentando descubrir algún ruido que le indicase que su tía había vuelto. No escuchó nada, sólo los crujidos habituales de una vieja casa de madera. Pero algo la había despertado, algún ruido fuera de lo normal. Estaba segura de ello. Quizá no había sido dentro de la casa, podría haber sido algún animal en el bosque. Se levantó y se acercó al ventanal.

La luna estaba ya muy alta y su claridad era más débil. El bosque parecía impenetrable, lleno de sombras. Se sintió expuesta a cualquier mirada que acechase entre la espesura, de pie en aquel ventanal iluminado. A pesar de que volvía a estar asustada, apagó la luz y

volvió a asomarse. Poco a poco empezó a distinguir con más claridad el contorno de los árboles, la silueta difuminada de una colina a lo lejos...

Le pareció percibir un destello en las profundidades del bosque. Se fijó con más atención pero la luz había desaparecido. Debía haberlo imaginado, o quizá había sido la luz de los faros de un coche en alguna carretera. Siguió mirando y al cabo de unos segundos la luz volvió a aparecer. Se movía pero no con la velocidad de un coche. Serpenteaba, apareciendo y desapareciendo, como si la llevase una persona que caminase entre los árboles. Luna sintió que su corazón volvía a desbocarse. ¿Quién podía estar en el bosque a aquellas horas y con qué intenciones?

Siguió mirando, hipnotizada por los movimientos de la luz. Cada vez se veía con más claridad, como si se dirigiera directamente hacia allí. El brillo era rojizo, no podía tratarse de una linterna ni de ningún faro. Parecía la luz de una antorcha pero aquello no tenía sentido.

Unos minutos después una silueta surgió del bosque, llevando una antorcha en su mano derecha. Luna tuvo ganas de frotarse los ojos o de pellizcarse para convencerse de que lo que veía era real. Una figura encapuchada caminaba hacia la casa. Todo su cuerpo estaba cubierto por una larga capa negra que llegaba hasta el suelo. Caminaba lentamente, mirando al frente, aunque la sombra de la capucha no permitía que Luna le viese la cara. Pensó en huir por la parte delantera antes de que la figura llegase allí pero la idea de correr por un bosque oscuro perseguida por aquel ser la paralizó. Se escondió detrás del respaldo de uno de los sillones y continuó mirando fascinada como aquel espectro se acercaba hasta situarse delante de la ventana. En aquel momento la figura levantó la cabeza y Luna pudo divisar una cara pálida y unos ojos con brillos rojizos que se clavaban en ella.

Se quedó paralizada, sin poder mover un músculo para escapar de aquella cosa, preguntándose si la habría visto con la luz de las llamas de la chimenea. Su única posibilidad era que esa figura pasase de largo, que pensase que no había nadie en la casa. Recordó que la lámpara del hall estaba encendida e, intentando hacer el menor ruido posible, se acercó hasta allí y apagó la luz. Después regresó al salón y, escondida tras una columna, se atrevió a volver a mirar hacia el ventanal. No había nada allí, quizá aquella cosa se había marchado.

Contuvo la respiración, atenta a cualquier sonido del exterior. Le pareció escuchar pasos furtivos fuera, el ruido de ramas secas rompiéndose. Y después, nada. Continuó en silencio, esperando, vigilando el ventanal y la puerta de entrada desde el lugar en el que se encontraba. Le daba la impresión de que escuchaba los pasos de la criatura por todos lados, incluso dentro de la casa. Todo su cuerpo se estremecía por el miedo. Intentó convencerse de que sólo eran los crujidos de la madera, el sonido del viento en el exterior... Incluso la aparición que había visto debía ser producto de su imaginación, quizá parte de un sueño. Y entonces escuchó con claridad el sonido de unos pasos en las escaleras de entrada. Algo se acercaba a la puerta y era tan claro que no podía intentar convencerse de que se lo estaba imaginando. La criatura sabía que ella estaba dentro y venía en su busca. Rezó para que la puerta aguantase pero el picaporte cedió sin oponer ninguna resistencia y la puerta se abrió de par en par, dejando frente a sus ojos una imagen alta y oscura recortándose contra el cielo nocturno.

2. El primer día

Luna gritó sin poder evitarlo, un grito agudo y potente que parecía que no iba a acabarse nunca. Para su sorpresa, su grito se fundió con el chillido también asustado de la criatura de la puerta, que retrocedió un par de pasos. Luna se quedó en silencio, esperando la siguiente reacción de la criatura.

— ¿Luna?— ante su sorpresa, la criatura la llamó por su nombre, utilizando una voz que le parecía conocida.

Ella no respondió, sin saber qué hacer o decir. Todo aquello era una locura sin sentido para la que no estaba preparada. La figura oscura volvió a avanzar hasta entrar en el salón y encendió la lámpara, dejándola cegada por unos segundos.

Cuando recuperó la visión, se encontró frente a una mujer alta, con una larga cabellera castaña, vestida con unos pantalones vaqueros y un jersey negro. La mujer la miraba preocupada pero no parecía tener intenciones de hacerle ningún daño y, lo más importante, parecía viva y de carne y hueso.

— ¿Te he asustado, cariño?— le dijo la mujer, acercándose un par de pasos—. Pensaba que estarías durmiendo.

— ¿Tía Emma?— preguntó Luna, aún confusa.

— Claro— contestó ella, sonriendo—. ¿Quién iba a ser si no?

— ¿Eras tú la que paseaba por el bosque con una antorcha?— la mujer negó con la cabeza, mirándola confusa—. Casi me muero de miedo, aquí sola en esta casa desconocida...

La mujer se acercó a ella y le puso una mano en el hombro, tratando de reconfortarla.

— No sabes cuánto lo siento, de verdad— le dijo, apenada—. Tenía que hacer algo muy importante esta noche y no me di cuenta de que coincidía con tu llegada hasta que ya habías salido de Madrid. No pensé que la casa pudiera asustarte.

— No pasa nada— con las luces encendidas y su tía hablándole con voz suave todo lo sucedido minutos antes le parecía irreal, una chiquillada, a pesar de seguir sintiendo que todo el vello de su cuerpo continuaba erizado—. ¿Y qué era eso tan importante que tenías que hacer?

— ¿Te importaría que dejásemos las explicaciones para mañana por la mañana?— le preguntó su tía—. No me encuentro muy bien, creo que estoy mareada.

Luna la miró preguntándose si su tía la habría dejado tirada para irse a tomar unas copas. Pero al fijarse en su rostro se preocupó. La mujer parecía muy cansada, unas profundas ojeras resaltaban bajo sus ojos y estaba muy pálida.

— Por supuesto que no— le dijo Luna—. ¿Quieres que llame a un médico?

— No, sólo necesito descansar. Coge tus cosas y te enseñaré tu habitación.

Luna la siguió con las maletas por la escalera, preocupada por la posibilidad de que su tía se cayera. Le dio la impresión de que durante unos segundos se tambaleaba pero la mujer se agarró a la barandilla antes de que Luna pudiese decir nada y continuó adelante. Emma llegó al piso de arriba y caminó por un estrecho pasillo con un ventanuco al fondo, por el que se colaba una débil claridad. Llegó hasta una puerta y abrió, indicándole a Luna que entrara.

— Mañana hablaremos todo el tiempo que quieras pero ahora debemos descansar— dijo su tía antes de que Luna pudiera protestar—. Espero que estés a gusto.

— ¿Estarás bien?— insistió Luna—. ¿No quieres que te prepare algo de cenar o algo caliente para beber?

— Tranquila, cariño— la mujer esbozó una débil sonrisa y le acarició una mejilla con el dorso de la mano—. Sólo necesito dormir. Siento muchísimo el recibimiento. No era esto lo que tenía pensado para nuestra primera noche juntas. Intentaré compensarte a partir de mañana— Emma sonrió y le dio un beso en la mejilla—. Estoy muy contenta de que estés aquí.

Cuando su tía salió de la habitación, Luna observó el lugar. Había un armario, una pequeña cama y una mesilla de noche con una lamparita encima. Los muebles eran de madera clara

y parecían nuevos, casi como si su tía los hubiese comprado para su visita. Se levantó y abrió el armario. El interior olía a madera nueva y no había perchas, tal y como había imaginado. La cama estaba hecha y parecía blanda y acogedora, cubierta con un edredón blanco y cojines de colores. Pensó que no podría dormirse, así que dedicó la siguiente media hora a guardar sus cosas en el armario. Cuando terminó, notó que se sentía cansada. Se tumbó en la cama sin quitarse siquiera la ropa. Ahora que su tía estaba en casa se encontraba mucho más tranquila y aquel sitio empezaba a resultarle acogedor. Pocos minutos después, se quedó dormida.

El aroma del café recién hecho la sacó de su sueño. Abrió los ojos y admiró un cielo totalmente despejado, de un brillante color azul, a través del ventanal. Se sentó en la cama, recordando los sucesos de la noche anterior. Se levantó y miró hacia afuera. El bosque, tan temible la noche anterior, tenía un aspecto totalmente diferente a la luz del día. Casi parecía invitarla a pasear por sus senderos, a disfrutar de la sombra de sus árboles centenarios...

Escuchó una voz femenina que cantaba. Provenía del piso de abajo. Debía de ser su tía. Se cambió de ropa a toda prisa y bajó las escaleras.

Una vez abajo intentó descubrir de donde venía el sonido. De la habitación que no había investigado la noche anterior le llegó el ruido de platos entrechocando y la voz de una mujer que tarareaba. Se acercó a la puerta y miró dentro, observando a su tía con detenimiento ahora que se encontraba más tranquila. La mujer llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa verde, larga y muy floja, de tela fina. El pelo era tal y como lo recordaba desde niña, muy largo y castaño, con matices rojizos que parecían brillar como el cobre bajo los rayos de sol que entraban por el ventanal. La mujer debió oírla porque se giró y se quedó observándola con una gran sonrisa. Luna intentó descubrir los rasgos de la familia en aquella cara pero, a pesar de notar un ligero parecido, la verdad es que era difícil creer que la mujer que tenía delante fuera la hermana mayor de su padre. La piel era muy blanca y perfecta y los ojos verdes parecían brillar con luz propia. Toda su cara parecía irradiar energía y juventud, sin ningún rastro de la preocupación o el agobio que solía expresar el rostro de su padre. Y lo más importante para Luna, le pareció que la mujer estaba radiante de alegría por tenerla delante.

— Pasa, cariño— emitió un prolongado suspiro mientras la observaba y negó con la cabeza mientras seguía sonriendo—. Anoche estaba tan cansada que no pude decírtelo pero no puedo creerme que seas tú. ¡Qué guapa estas...!

— Muchas gracias, tía Emma— contestó ella, notando que se ruborizaba ante la observación.

— Nada de “tía Emma”— dijo la mujer, empezando a situar bandejas sobre la mesa—. Solamente Emma, por favor.

— Como quieras— Luna se sentó en la silla que ella le señaló, feliz al saber que el desinterés que le había parecido que su tía sentía hacia ella estaba sólo en su imaginación—. ¿Te encuentras mejor?

Emma terminó de servir el café en dos tazas y las colocó en la mesa, junto a una bandeja repleta de bollos y tostadas recién hechas, antes de contestar.

— Sí, mucho mejor. Como te dije, sólo necesitaba un poco de descanso.

— Yo también he dormido muy bien. Pensé que no iba a poder después de lo que me pareció ver en el bosque...

— Sí, ayer me dijiste algo sobre eso. ¿Qué viste exactamente?— preguntó su tía, pasándole un bote de color oscuro.

— No lo sé con seguridad, es difícil de describir...

Al plantearse en contarle lo que había visto, le resultó ridículo: una figura encapuchada llevando una antorcha y con los ojos llameantes. Era muy posible que tan sólo lo hubiese soñado o que su imaginación exaltada por las emociones del viaje le hubiese hecho ver fenómenos paranormales donde sólo estaban las sombras del bosque. Si se lo contaba era posible que su tía decidiese que aquel ambiente no resultaba adecuado para ella y que la mandara de vuelta a Madrid junto a una carta en la que recomendase a sus padres que la llevasen a ver a algún buen psiquiatra. Sin embargo, ella seguía mirándola con atención, sonriendo tranquilizadora.

— Me pareció que alguien paseaba solo por el bosque sobre las dos o las tres de la mañana— empezó mientras luchaba con la tapa del bote que ella le había dado para no tener que levantar la mirada—. Una figura oscura que llevaba una luz.

— ¿En serio?— preguntó ella, intrigada—. ¿Y pudiste ver su cara?

— No, estaba muy oscuro. Pero me pareció que se acercaba a la casa y me asusté.

— Bueno, es muy posible que fuesen las sombras del bosque o quizá algún campista que se había perdido— explicó Emma—. Suele acampar gente a unos dos kilómetros de aquí y a veces hacen juegos de orientación nocturna y se pasan la noche dando vueltas. Lamento que te asustases y siento muchísimo haberte dejado sola.

— ¿Qué fue lo que pasó?— preguntó Luna. Pensó que quizá no tuviesen la suficiente confianza como para hacerle esa pregunta pero creía que se merecía una explicación después de lo que había sucedido la noche pasada.

— Digamos que tuve una reunión de trabajo— contestó ella después de dudar unos segundos—. Ya sabes, de vez en cuando hay que hablar con los jefes para comentar cómo van las cosas...

— Ya, una cena de negocios. Mi padre también tiene muchas— comentó Luna—. ¿Y a qué te dedicas?

— Bueno, no sé muy bien como explicártelo... Algo así como medicina alternativa, curación con hierbas... Esas cosas...

— Ya, ya veo. Suena interesante— Luna decidió cambiar de tema, parecía que aquellas preguntas estaban poniendo nerviosa a su tía. Ya volvería a preguntarle cuando tuviesen más confianza—. ¿Qué es esto que me estoy comiendo? Está buenísimo.

— Mermelada de mora. La he hecho yo misma— su sonrisa volvió a parecer relajada y natural.

— Va a haber que hacer más porque creo que podría comerme todo el bote— dijo mientras se servía otra tostada.

— No te preocupes por eso. Creo que tengo unos cincuenta— comentó Emma, riendo—. Pero te aviso que no habrá más cosechas de moras hasta septiembre, así que intenta no acabarlos en una semana.

— ¿También las recogiste tú?

— Claro. Y cultivo la mayor parte de mi comida en un huerto que hay a un lado de la casa. Pero parece que eso no te gustó. Anoche no tocaste la ensalada.

— Lo siento. Detesto la verdura— se disculpó Luna.

— Pues vamos a tener un gran problema porque yo soy vegetariana— una arruga de preocupación cruzó su entrecejo—. De hecho se me revuelve el estómago pensando en tener que cocinar restos de animales muertos.

— Bueno, siempre puedo ir andando hasta Estella a buscar una hamburguesa cada vez que esté a punto de morir de hambre— bromeó Luna.

— Tengo que irme a resolver unos asuntos— dijo su tía de pronto—. ¿Has acabado? ¿Te gustaría acompañarme?

Luna echó un último vistazo al bote de mermelada pero consideró que tres tostadas eran suficientes para un desayuno normal, así que asintió y empezó a recoger la mesa. Unos minutos después salieron de la casa. Su tía llevaba una mochila al hombro y zapatillas deportivas. A pesar de que no desentonaba con su apariencia juvenil, le pareció que aquellas no eran las ropas apropiadas para ella. No podría decir qué era lo que fallaba porque tampoco podía imaginarla llevando traje. La verdad es que creía que lo único que le quedaría bien eran los vestidos vaporosos con los que ella la había recordado o imaginado desde niña.

Su tía se adentró en el bosque, andando a paso rápido. Luna la siguió, disfrutando del aroma de la tierra húmeda, de las agujas de pino, de la brisa limpia... Le gustó la sensación de caminar sobre aquel suelo blando e irregular, en lugar del duro y monótono asfalto de las calles de Madrid. Se sintió llena de vida, con los pulmones estallando por la frescura del aire. Emma caminaba unos pasos por delante y, de vez en cuando, se paraba para agacharse

a recoger flores o manojos de hierbas que guardaba con mimo en los botes que sacaba de su mochila. Luna se acercó y la observó, curiosa.

— ¿Qué haces?— le preguntó mientras recogía la mochila para que su tía tuviese las manos libres.

— Recojo hierbas que necesito para mi trabajo— contestó ella.

— Yo pensaba que las hierbas que se venden en herboristerías eran todas de invernadero. No me imaginaba a nadie recogéndolas a mano.

— Bueno, yo no tengo una herboristería, así que no sé cómo lo harán ellos— comentó encogándose de hombros—. Mi negocio es un poco más tradicional.

— ¿Y qué es eso que recoges?

— ¡Cuántas preguntas haces!— dijo su tía, riendo—. No, no te sonrojes. Nunca debes avergonzarte de querer saber más. Mira, esto es diente de león— le explicó enseñándole unas flores amarillas que acababa de cortar—. La raíz y el tallo alivian los problemas de estómago y con las flores confitadas en azúcar se puede hacer un jarabe para la tos. Y estas otras que he recogido antes son malvas. Sirven para curar la ulcera o para erupciones en la piel.

— Vaya, y la gente gastándose una pasta en las farmacias— comentó Luna inclinándose a su lado para observar las flores—. ¿Y qué es eso otro que has recogido?

— Es fumaría. Mejora el apetito y es diurética, entre otros usos. Pero en dosis altas es muy tóxica, así que no se te ocurra prepararte una infusión de nada en casa sin preguntarme antes— le dijo, tendiéndole el bote para que lo observase—. Si lo abres, no respire. Irrita los ojos.

Luna devolvió el bote al interior de la mochila, mirando las diminutas plantas como si fuesen serpientes venenosas que pudiesen escapar para atacarla. Se planteó que, hasta hacía unos minutos, para ella el bosque era solamente un paisaje idílico por el que pasear, mientras que su tía veía y conocía mil detalles que a ella se le escapaban. Le gustó la idea de aprender cosas con ella, de tener todo el verano por delante. Siguieron caminando un rato. De vez en cuando Emma se salía del camino para acercarse a las raíces de algún árbol

u observar algún matorral y entonces la llamaba y le explicaba los usos de aquella planta y cómo diferenciarla de otras similares.

Media hora después el bosque se acabó y llegaron a un grupo de casas alineadas a ambos lados de una carretera secundaria que parecía solitaria y polvorienta bajo la luz del sol de mediodía. Emma se acercó a la segunda casa y llamó al timbre. Una mujer de unos treinta años, vestida con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta blanca, abrió unos segundos después.

— Hola. Te estaba esperando— saludó, invitándolas a pasar con un gesto—. Vaya, veo que te has echado una ayudante.

— Sí, es mi sobrina. Ha venido a pasar el verano conmigo— Emma entró, dejó su mochila sobre la mesa del comedor y empezó a rebuscar entre los botes—. ¿Cómo está hoy el pequeño?

— Mejor. Por fin ha dormido una noche entera sin esos horribles ataques de tos— dijo la mujer, esbozando una enorme sonrisa—. Y pensar que llevaba meses negándome a creer que esto pudiese funcionar...

— No se trata de creer o no creer— explicó Emma—. Las plantas llevan usándose para curar desde la antigüedad, de hecho muchas de ellas están presentes en las medicinas convencionales. Si hemos acertado con las que necesita, se curará.

La mujer las guió hacia una habitación situada al fondo del pasillo. Entraron en un dormitorio pintado de azul y estrellas amarillas. Los peluches abarrotaban las estanterías. En una pequeña cama situada bajo la ventana dormía un niño de unos tres años. Emma se arrodilló al lado de la cama y le tocó la frente. Después posó la mano sobre su pecho, intentando notar el ritmo de la respiración.

— Sí, está mucho mejor. Y tal y como sospechaba no hay ninguna infección porque no hay fiebre— se levantó y salió de la habitación, pidiéndoles que la siguieran—. Vamos, necesita descansar. Tiene que seguir el mismo tratamiento que te recomendé: vahos de eucalipto, fricciones con alcohol de romero y leche con miel. En unos meses estará perfecto.

Una vez en el salón le tendió los botes que había seleccionado para ella. La mujer los cogió, los llevó a la cocina y volvió con su monedero en la mano. Antes de abrirlo, se quedó pensativa un momento, como si se preguntara si debía hablar.

— He oído en el pueblo que lees el futuro— se atrevió al fin—. Me preguntaba si podrías...

— No, no leo el futuro a niños tan pequeños. De todos modos, las cartas te dirían lo mismo que te estoy diciendo ahora: se pondrá bien enseguida— la tranquilizó con una sonrisa.

La mujer asintió, abrió el monedero y sacó un par de billetes que le tendió. Emma los guardó en el bolsillo de sus vaqueros, cerró la mochila y se la colgó al hombro. Después se dirigió a la salida, seguida de Luna.

— Si en algún momento tenéis cualquier problema, ya sabéis donde vivo. No dudéis en ir a buscarme a cualquier hora— se despidió Emma.

— Esperad un momento— la mujer volvió corriendo a la cocina y regresó después de unos segundos con un cesto lleno de manzanas rojas—. Las ha cogido mi marido, tengo kilos y kilos. Acéptame éstas por lo bien que has tratado a mi niño.

Emma aceptó con una sonrisa y salieron de la casa. Luna cargaba con el pesado cesto pero aún así sonreía. Le había gustado aquella visita, notar la tranquilidad del sueño del pequeño, el alivio de la madre, el cariño que se percibía en la manera de hacer las cosas de su tía... Pensó que era un trabajo que le gustaría hacer en el futuro, aunque sería mejor que les comentará a sus padres que quería ser médico porque si volvía diciendo que quería ser curandera los mataría de un infarto. Empezaba a entender que su madre, tan clásica y perfeccionista, no aprobara el estilo de vida de su tía.

— ¡Qué pensativa estás!— la voz de su tía interrumpió sus pensamientos—. ¿No te ha gustado la visita?

— Sí, claro que me ha gustado. De hecho pensaba que me gustaría saber hacer esas cosas, curar a la gente y todo eso...

— No siempre es tan bonito. Éste era un caso fácil. A veces tengo que pedirles que vayan a un médico porque su dolencia queda fuera de mis capacidades...— suspiró con la mirada perdida entre los árboles—. Y a veces no hay nada que hacer y, cuando se lo dices, notas que ya se lo han dicho más veces, que tú eras su última esperanza porque la medicina convencional también les había desahuciado...

— Pero aún así merece la pena, ¿no?

— Sí, claro que merece la pena— Emma se sentó bajo un árbol y le indicó que la acompañara—. Pásame una de esas manzanas que llevo mirándolas desde que hemos salido de la casa.

— ¿Te puedo hacer una pregunta?— Luna se sentó, colocó el cesto entre ambas y eligió una manzana para ella.

— Sí, también se puede hacer mermelada de manzana. Pero no creo que sea muy sano que te alimentes sólo de fruta y azúcar.

— No, no es eso— dijo Luna, riéndose—. Es sobre eso que ha dicho la mujer, lo de que adivinas el futuro. ¿Lo haces en serio?

— Digamos que tengo suerte y a veces acierto— ante la expresión de desconcierto de Luna siguió hablando—. La mayoría de las veces el futuro de la gente está tan claro que cualquiera podría verlo. ¿No has oído miles de veces la frase “Si sigue por este camino, acabará mal”? La gente no lo dice como una profecía y muchas veces acierta. Si conoces a la persona, cómo piensa, siente y actúa, puedes predecir lo que hará y sus efectos sin necesidad de talentos especiales.

— Entonces, ¿es sólo eso?— preguntó Luna, decepcionada.

— La mayoría de las veces, sí. El resto te lo explicaré otro día— Emma se levantó y volvió a caminar—. Se está haciendo tarde y todavía tenemos que llegar a casa y encontrar algo que puedas comer. Y esta tarde tengo asuntos importantes que atender. ¿Qué harás tú?

— No lo sé— contestó Luna, encogiéndose de hombros—. Quizá vaya a Estella a conocer la ciudad. Así de paso me traeré una hamburguesa para la cena.

Luna terminó la comida y se quedó mirando alrededor mientras bebía una coca-cola. La hamburguesería estaba llena de grupos de amigos que charlaban y bromeaban. Se sintió sola, sentada en una mesa del fondo del local, sin nadie con quien compartir sus pensamientos. No se quejaba de las vacaciones. Su tía le resultaba muy simpática e interesante pero le hubiese gustado tener a alguien de su edad con quien pasar el rato. Y si, además, su tía iba a dejarla sola muchas tardes porque tenía asuntos privados que atender, iba a aburrirse muchísimo. Quizá debería comentarle la posibilidad de que Cristina fuese a pasar unos días con ellas. A Cris le encantaría el ambiente misterioso y brumoso que rodeaba la casa, los oscuros bosques, la idea de que su tía fuese una curandera que además predecía el futuro... Recordó las estanterías del dormitorio de su amiga, repletas de libros de ocultismo y parapsicología. Sí, todo aquello le resultaría una verdadera aventura. Ahora solo faltaba que su tía Emma dijese que sí.

Miró el móvil antes de guardarlo. Pensó en llamar a su madre aprovechando que allí sí había cobertura, y comentarle que estaba bien pero seguramente le haría mil preguntas y no tenía ganas de discutir. Empezaba a sentirse el blanco de muchas miradas, sentada sola sin hacer nada, así que se levantó y salió de la hamburguesería.

Paseó durante un rato por Estella, adentrándose por las calles estrechas con casas antiguas. Le gustaba lo diferente que le resultaba la ciudad. A aquella hora empezaba a haber menos gente por la calle. Los comercios comenzaban a cerrar. A pesar de que oscurecería tarde, decidió volver a casa. Era posible que le costase encontrar el camino de vuelta y, además, prefería que todavía hubiese luz si tenía que pasar cerca del bosque.

El camino no se le hizo muy largo. Una vez que dejó atrás la ciudad, el tráfico pareció desaparecer y se desvanecieron todos los ecos de voces, de pasos, de música... Sin embargo, no sintió miedo. La sensación, desconocida hasta aquel momento, de tener el mundo para ella sola le resultó agradable. Caminó por la vieja carretera que llevaba al norte, mientras el sol iba descendiendo poco a poco hacia la línea de montañas bajas situada a su izquierda, dorando la bruma.

Media hora después dejó la carretera y se internó por la estrecha senda de arena y piedras que llevaba hacia la casa de su tía. Los arbustos se alzaban a ambos lados, dando la

impresión de estar cruzando un corredor de paredes verdes y cambiantes. Podía escuchar el zumbido de los insectos y, un poco más adelante, vislumbró por un momento el brillo azulado del cuerpo de una libélula. Se paró en medio del camino, disfrutando de aquella vida que parecía hacerla vibrar por dentro, llenarla de energía. En un primer momento le había resultado extraño el lugar que su tía había elegido para vivir, tan apartado y solitario, pero ahora podía comprender perfectamente que alguien se quedase enamorado de aquellos paisajes.

A un lado del camino divisó una pequeña verja metálica entreabierta. Se acercó. Aquella debía ser la entrada a aquel lugar que el taxista había llamado “el Parque de los Desvelados”. Pensó en entrar, a pesar de que pronto anochecería. No parecía haber nadie por allí que pudiese impedirle la entrada y, a pesar de que la intranquilizaba la idea de visitar una exposición de calaveras a la tenue luz del atardecer, pensó que siempre sería peor lo que imaginase que lo que pudiese encontrar allí dentro.

Empujó un poco más la valla y entró. No se divisaba ningún edificio en el que pudiese estar la exposición, solo unos enormes bultos que no pudo identificar esparcidos por todo el parque. Caminó hacia uno de ellos y, cuando estuvo más cerca, no pudo evitar lanzar una exclamación ahogada. El bulto que tenía frente a ella era la representación de una enorme calavera de unos dos metros de altura. Parecía salir de la tierra, dejando al descubierto solo la mitad superior, como el esqueleto mal enterrado de un gigante. Los ojos eran dos enormes cuencas vacías que clavaban su ciega mirada en el cielo anaranjado. Superando la sensación de rechazo, Luna se acercó despacio y la observó con más detenimiento. La estructura parecía haber sido fabricada con las ramas de algún arbusto sujetos con malla metálica, todo ello recubierto por pintura blanca. Sin embargo, el tiempo que llevaba expuesta al raso y la vegetación que la rodeaba e invadía le daban un aspecto muy real, como si fuese un cadáver abandonado allí desde hacía mucho tiempo.

Siguió paseando por el parque. Cada pocos metros se levantaban esculturas similares: un esqueleto con los brazos cruzados sobre el pecho, calaveras enormes montadas en pedestales, recreaciones de accidentes de coches... Era un museo a la muerte y, con un escalofrío que recorrió toda su espalda, Luna sintió que la misma muerte podía estar paseando por allí, que aquello que a los humanos les provocaba rechazo por enfrentarles con una realidad que les daba miedo, a ella podía agradarle.

Salió del parque a paso rápido, sin mirar atrás. La luz era mucho más débil y el camino le pareció oscuro y amenazador. Sabía que no tenía nada que temer pero se sentiría mucho más cómoda cuando se hubiese alejado de aquel lugar y estuviese en la cocina de su tía, tomando un tazón de chocolate caliente y comentándole todo lo que había visto aquella tarde.

Unos metros más adelante se levantaba la verja de entrada a la casa de su tía. Nada más entrar en el jardín, se sintió más segura. Subió las escaleras y llamó a la puerta. Esperó más de un minuto pero nadie contestó. Quizá su tía no había vuelto todavía. Metió la mano en el bolsillo izquierdo de sus vaqueros y sacó la llave que su tía le había dado antes de irse.

Una vez dentro volvió a llamarla sin recibir respuesta. La casa estaba oscura y silenciosa. Encendió la luz del salón y decidió ir a la cocina y prepararse el tazón de chocolate en el que había estado pensando. Podría esperar a su tía leyendo algún libro, sentada en un sillón del salón mientras bebía su chocolate. Lástima que no supiese encender la chimenea, habría resultado perfecto.

Al caminar hacia la cocina descubrió una pequeña puerta en la pared adyacente. No se había fijado en ella por la mañana pero ahora estaba entreabierta. Se acercó y la abrió del todo, pensando que seguramente se trataría de alguna pequeña despensa o escobero. Pero no era nada de aquello. Unas escaleras de madera antigua se internaban en la oscuridad. ¿Por qué su tía no le había hablado de aquel lugar cuando le había enseñado la casa después de comer?

Buscó un interruptor por los alrededores de la puerta pero no consiguió encontrarlo. No podía bajar aquellas escaleras sin ningún tipo de luz. Pensó que la próxima vez que fuese a la ciudad debía acordarse de comprar una linterna, para que no volviesen a pasarle esas cosas. Entró en la cocina y fue abriendo cajones hasta que encontró una caja de cerillas y varias velas. Aquello le serviría para echar un vistazo rápido. Encendió una de las velas, se guardó la caja de cerillas en el bolsillo y volvió a las escaleras.

Por unos segundos, se planteó que quizá fuese mejor esperar a que su tía volviese y preguntarle qué era lo que guardaba allí abajo. Era muy probable que simplemente hubiese olvidado enseñarle aquella parte de la casa, o que sólo fuese un sótano en el que guardaba los muebles viejos y hubiese considerado que no le interesaría verlo. Pero, ¿y si guardaba

algo importante allí abajo, algo secreto que no quisiera enseñarle? Alzó la vela para iluminar las escaleras y empezó a bajar.

3. Revelaciones

Emma se sentó en una roca y observó a su alrededor, sintiéndose cansada y vencida. Juraría que otras veces, mientras paseaba por el bosque, había visto cientos de matas de romero a su alrededor. Era imposible que hubiesen desaparecido todas. Casi parecía que alguien las hubiese estado arrancando para que ella no pudiese encontrarlas pero pensar aquello era ridículo.

El bosque estaba cada vez más oscuro. Dentro de poco habría anochecido por completo. No la asustaba la oscuridad. Había recorrido aquel bosque de noche tantas veces que casi podría guiarse a ciegas por él con tanta seguridad como por su casa. Pero aquel día había andado mucho y se sentía agotada. Tenía ganas de estar en su cocina, comentando cosas con Luna, pero debía haberse separado varios kilómetros de casa buscando aquellas dichas matas.

Se levantó, dispuesta a volver y dejar la búsqueda para el día siguiente. Miró de nuevo alrededor, sintiéndose desesperada. Necesitaba las plantas de verdad. Seguía sintiendo aquella presencia empujando cada vez con menos sutileza para penetrar en su mente y cada día se encontraba más débil para impedirle el paso. Tenía que realizar un ritual que la protegiese contra esa fuerza negativa porque no estaba segura de poder seguir resistiendo por sí misma. Y, además, no quería estar agotada y de mal humor aquellos días que por fin tenía a Luna consigo. Quería contarle y enseñarle tantas cosas... ¿Por qué tenían que haber empezado aquellas sensaciones justo ese verano?

Trató de tranquilizarse. La idea de que alguien intentase conocer sus pensamientos era desagradable, pero ella no tenía nada que ocultar. No había ningún oscuro secreto del pasado que la persona que intentaba leerle la mente pudiese utilizar para hacerle daño. Pero, precisamente por eso, toda aquella situación la desconcertaba aún más. ¿Qué interés podía tener aquel desconocido en ella para llevar semanas intentando saltarse las barreras mentales que levantaba, teniendo en cuenta la ingente cantidad de energía psíquica que tenía que estar gastando para ello? ¿Y qué ser tenía el poder suficiente como para llevar semanas insistiendo sin descanso en aquel asedio?

Si pudiera convencerse de que sólo eran imaginaciones suyas, de que se estaba obsesionando sin sentido... Pero desde la noche anterior tenía el convencimiento de que no era así. Había aprovechado la fuerza de la Luna Azul ¹ para tratar de identificar a la persona que la estaba atacando, para descubrirla o al menos asustarla, pero todo había resultado inútil. A pesar de haber realizado sus hechizos de videncia más poderosos, no había conseguido levantar la niebla que la separaba de aquella persona. No había podido ver a su atacante pero sí había percibido su resistencia y su poder. Y quien quiera que fuese el ser que la acechaba, parecía que había percibido sus intentos de descubrirlo, porque llevaba desde aquel momento atacando con más fuerza. Por eso tenía que probar aquel antiguo hechizo de protección que había encontrado en unos viejos papeles de su abuela. El problema era que para ello necesitaba romero y parecía que se había desvanecido de la faz de la tierra.

Se levantó, cerró los ojos para aspirar el aroma del bosque y, después de saludar a los guardianes de los elementos, musitó una plegaria:

Aquí acudo a vuestra generosidad.

Prestadme vuestro enfoque y claridad.

Llevadme a lo que no puedo encontrar.

Restableced mi calma y mi paz mental.

Le dio la impresión de que la brisa que la acariciaba cambiaba levemente. Se forzó a no abrir los ojos mientras el aroma del bosque iba variando. El olor de la tierra húmeda, de las agujas de pino y de la hierba fresca se fue desvaneciendo. En su lugar apareció una fragancia que ella reconoció de inmediato. Romero. Sonrió y, sin abrir los ojos, siguió aquel aroma. Unos metros más adelante, abrió los ojos y observó la mata verde, con sus flores azuladas. Dio mentalmente gracias a los guardianes y se agachó para recoger varias ramas. Ahora ya podía volver a casa.

1

Luna azul: Se denomina así a la segunda luna llena que se produce dentro del mismo mes. Dentro de la tradición wiccana, esta luna es muy poderosa, ya que al visitarnos dos veces en el mismo mes, está muy cargada con los poderes de la Diosa y por ello esa noche es muy indicada para realizar hechizos poderosos.

Luna apoyó la mano en la pared, insegura. Los peldaños resonaban a cada paso, despertando ecos. A la luz de la vela, la zona central de las escaleras parecía brillar, como si el paso de cientos de pies a lo largo de los años hubiese pulido y suavizado la madera. Mantuvo la vela en alto y miró hacia abajo. No se distinguía nada desde allí, sólo una gran mesa en el centro de la estancia.

En el aire flotaba un olor extraño, a hierbas y especias. Quizá era allí donde su tía preparaba las medicinas. Si aquel era su lugar de trabajo, quizá no debería seguir bajando. Podría romper algo. Bajó la vela de nuevo para que iluminase el siguiente escalón y continuó el descenso. No tocaría nada, tan sólo echaría un vistazo rápido y volvería a subir.

Una vez delante de la mesa se quedó perpleja, intentando encontrar alguna explicación a aquella colección de objetos. Algunos de ellos podían utilizarse para preparar jarabes o pomadas, como un pequeño cuchillo de plata, un cáliz o un caldero de hierro pero a otros no les encontraba ninguna lógica. Sobre la mesa había decenas de velas y piedras de diferentes colores y tamaños. Le dio la impresión de que no estaban esparcidas al azar, sino situadas siguiendo un orden determinado, cuyo centro eran unas toscas imágenes de piedra que representaban a un hombre y una mujer. Luna se acercó más a las pequeñas figuras pero no se atrevió a alargar el brazo para tocarlas. Nunca había visto unas figuras así. De la cabeza del hombre surgía una gran cornamenta de ciervo y llevaba una vara de madera en la mano. Sobre la cabeza de ella reposaba una media luna. Ambos estaban sentados en tronos y las figuras tenían un aire de autoridad. Debían ser dioses pero, ¿de qué religión? Luna se fijó en el trozo de madera en el que reposaban. Era una estrella de cinco puntas dentro de un círculo. Aquello era el símbolo del demonio, lo había visto en algún programa de televisión.

Se sintió nerviosa y asustada. Todo aquello no le gustaba. Su tía podía ser muy simpática pero estaba metida en cosas que ella preferiría no saber. Quizá su madre siempre había sospechado que era una bruja y por eso se había negado a dejarla venir. Pensó que debería salir de allí cuanto antes pero un libro negro situado en el centro del altar llamó su atención. Le echaría sólo una ojeada y después saldría de allí, fingiría que no había visto nada y al día siguiente le diría a su tía que tenía que marcharse porque echaba mucho de menos su casa.

Abrió la tapa del libro con cuidado, temiendo que se rompiese. La cubierta era rugosa y pesada, fabricada con algún tipo de piel envejecida. Las páginas estaban amarillentas y

parecían frágiles, no tanto por los años transcurridos como por el mucho uso. Luna acarició con cuidado la primera página. Estaba escrita a mano, con tinta negra. El borde estaba lleno de dibujos que simulaban las diferentes fases de la luna. En el centro, con grandes letras, se podía leer “Libro de las Sombras”. Miró por encima las siguientes hojas. Era la escritura de su tía, sin duda alguna. Pero, ¿qué significaba todo aquello?

Empezó a leer la segunda página. Parecía un poema o un cántico. Luna se concentró, intentando comprender su significado:

Escucha la palabra de las brujas

Nuestro secreto en la noche escondido

Cuando el camino se hace sombrío

Nosotras lo revelamos en esta luna.

Ante el fuego y el agua fluyendo,

Por el soplo del aire y por la tierra

Y del espíritu la quintaesencia

Festejamos en un círculo sin tiempo.

Para la Candelaria y la recolecta

En la fiesta de Mayo y Todos los Santos

Cuando los días y las noches sean exactos

Cuando el sol esté en su cenit o amanezca.

Trasmitido desde antiguas edades

De hombre a mujer, de madre a hijo

A lo largo de los años y los siglos

Desde el tiempo de las almas primordiales.

Sobre dos místicos pilares asentados

La sombra tras la luz en sucesión

Por siempre en eterna oposición

Están Dios y Diosa representados.

Señor de las sombras, Dios Astado

Caballero de los vientos es de noche

De día se torna rey de los bosques

Habitando los valles y los claros.

A su antojo es anciana o se hace joven

Sobre su barca de niebla navegando

Esférica dama argentina brillando

Sombra matrona de la medianoche.

El Señor y la Señora del Arte

En el fondo del espíritu habitan

Su voluntad libera o esclaviza

Por siempre renacidos e inmortales.

Bebe el vino del Dios y la Diosa

Danza y ama si los quieres honrar

Hasta el día que te recibirán

En la paz al final de tus horas.

Haz lo que desees, a nadie dañes

Es el gran reto que afrontarás

Y la ley única que has de acatar

En lo que al Dios y a la Diosa atañe.

Luna fue pasando las páginas del libro, sin poder creerse lo que estaba leyendo. ¿Qué era todo aquello? ¿Brujas? ¿Dioses astados? El pentáculo sobre la mesa seguía llamando su atención, obligándole a mirarlo continuamente como si la llamara. Se sentía cada vez más inquieta pero no quería marcharse sin encontrarle algo más de lógica a todo aquello. Sin embargo, cada página que miraba la inquietaba aún más: rituales de protección, invocaciones, proyección astral, clarividencia... Y pensar que había creído que su tía era una adorable curandera, una mujer quizá un poco excéntrica pero que ayudaba a los demás. Lo que tenía delante probaba que practicaba la brujería, la magia negra...

En aquel momento, el crujido de uno de los peldaños de la escalera la sobresaltó. Sin pensarlo un segundo, agarró el cuchillo de plata que descansaba sobre el altar y se dio la vuelta. Su tía la miraba, unos escalones más arriba. Su figura le pareció enorme, poderosa e imponente.

— Deja eso antes de que te hagas daño— su voz parecía enfadada y demostraba una autoridad que no le había oído hasta aquel momento—. Y sal de aquí. Es peligroso jugar con cosas que no se conocen.

Luna agachó la cabeza y, sin decir nada, dejó el puñal sobre la mesa, cerró el libro y se dirigió hacia la puerta. Su tía continuó parada en medio de las escaleras, mirándola subir. Al pasar por su lado, Luna no pudo evitar que le temblasen las piernas. ¿Qué era lo que iba a suceder? Ella no creía en la brujería, no pensaba que su tía pudiese echarle alguna horrible maldición pero, ¿y si estaba tan loca como todo aquello parecía indicar? ¿Y si decidía librarse de ella para que no pudiera contar nada?

Su tía la siguió de cerca, cerrando la puerta a sus espaldas. Luna pensó en aprovechar aquellos segundos para escapar pero, ¿adónde iría de noche, sin dinero, sin teléfono...? Escenas de las películas de terror que había visto a lo largo de su vida se empeñaban en invadir su cabeza. Aquello era estúpido. Era su tía, podía estar enfadada pero no le haría daño.

Sintió la mano de ella en la espalda, empujándola suavemente hacia la cocina. Luna se dejó guiar, mientras pensaba qué podía hacer. Su tía le señaló una de las banquetas, indicándole que se sentase y se dirigió al fogón.

— ¿Quieres un chocolate caliente?— le preguntó mientras ponía leche al fuego.

Luna no supo que contestar. ¿Qué significaba aquella pregunta? ¿Es que su tía pretendía fingir que la escena de unos minutos atrás no había sucedido, que no guardaba en su sótano toda clase de artilugios para practicar la magia negra? ¿O es que estaba tratando de envenenarla con una taza de chocolate?

— No, gracias— susurró Luna, con la cabeza aún agachada—. No tengo hambre.

— Estás temblando. Te sentará bien— le dijo Emma mientras seguía cocinando—. Y puedes estar tranquila. No tengo ninguna intención de envenenarte.

Luna se estremeció. ¿Acaso podía leerle la mente? Entonces ningún plan que pudiese idear para escapar de allí daría resultado. Continuó en silencio mientras Emma acababa de preparar las tazas. Después, su tía las colocó sobre la mesa y se sentó frente a ella.

— Supongo que tendrás muchas preguntas que hacerme— le dijo tras pegar el primer sorbo a su taza—. Empieza por donde quieras.

— No sé qué decir... No entiendo nada— murmuró Luna, levantando un poco la vista.

— Podrías empezar por pedir perdón por haber entrado en un lugar privado— la expresión de su tía seguía siendo firme pero no parecía la de una bruja vengativa preparándose para convertir a alguien en sapo—. Me va a costar días arreglar todo lo que has estropeado.

— Pero si no he roto nada. Casi ni he tocado lo que había ahí abajo...— se defendió Luna.

— No digo que hayas roto nada. Pero has estado manejando cosas que no conocías, contaminándolas con tu miedo y tus pensamientos negativos— la mujer se frotó las sienes y suspiró profundamente, como si intentara calmarse—. No estoy enfadada contigo, Luna. En realidad la culpa es mía por haber olvidado cerrar. En fin, el mal ya está hecho.

— Lo siento, no sabía...

Se quedó mirando a su tía, sin creer del todo que no fuese a haber represalias y sin saber qué pensar de ella. Ya no le parecía peligrosa. Volvía a ver a la mujer que estaba sentada delante de ella como una persona normal. La observó atentamente. Parecía cansada de nuevo y en su mirada había un brillo de preocupación. Se arriesgó a preguntar, después de todo ella la había invitado a hacerlo.

— Pero, ¿qué era todo lo que había abajo? Eres una... una...

— Sí, soy bruja. Me dedico a la curación y a la adivinación, tal y como te he contado esta mañana. Y también realizo rituales de otros tipos y también te lo habría contado cuando estuvieses preparada para entenderlo. Ahora mismo debes estar pensando tantas cosas extrañas sobre mí...— le explicó con una sonrisa agrisada— Para que te quedes más tranquila, ni tengo tratos con el diablo, ni practico la nigromancia, ni echo maldiciones.

— Pero entonces, ¿qué eran los símbolos satánicos que he visto abajo?— preguntó Luna, no muy convencida.

— ¿Símbolos satánicos?— Emma se rió abiertamente, mientras negaba con la cabeza—. Por Dios, Hollywood nos está haciendo peor publicidad en veinte años que la que nos ha hecho la iglesia católica en toda su historia. El pentáculo que viste abajo no es un símbolo satánico. De hecho, es un antiguo amuleto de protección contra el mal.

— ¿Y las estatuas? El hombre con los cuernos...

— Las estatuas son el dios y la diosa a los que adoro, la fuente y la razón de todo lo que existe. Están presentes en todo lo que nos rodea y son la causa de que el mundo se mueva, del ciclo de la vida y de la muerte... Pero no son demonios, no representan ninguna fuerza maligna— la expresión de Emma se había suavizado, como si le emocionase hablar con Luna sobre aquello—. En realidad, nosotros no creemos que los demonios existan, que haya un mal como contrapartida del bien. El bien y el mal están dentro de todos nosotros, nos complementa y no puede existir el uno sin el otro. Pero debo estar aburriéndote...

— No, para nada— le dijo Luna, interesada—. Has dicho “nosotros no creemos”. ¿Sois muchos? ¿Pertenece a alguna secta?

— ¿Secta? Que palabra más fea para menospreciar a la gente que no sigue las creencias de la mayoría— su tía volvió a reír—. Esta religión es tan antigua como el mundo mismo. Desde la prehistoria los hombres han creído en unos dioses representados por el sol y la luna, han adorado sus ciclos y sus cambios y han visto la divinidad en cada una de las criaturas de la tierra. El cristianismo ha luchado durante siglos por acallarnos, ha disfrazado nuestras festividades como ritos católicos ante la imposibilidad de enterrarlos en el olvido, nos ha perseguido durante siglos para intentar eliminarnos...

— No te enfades— intervino Luna—. No sabía cómo preguntarlo. Quería saber si sois muchos, si os reunís en grupos para hacer rituales...

— ¿Como los aquelarres de las antiguas brujas? No, al menos yo no lo hago. Sé que en algunos lugares están más organizados, enseñan nuestros conocimientos a los nuevos aprendices, realizan ceremonias conjuntas... Yo nunca he tenido contacto con un grupo así. Todo lo que sé lo aprendí de mi madre, que a su vez lo aprendió de la suya.

— ¿La abuela era bruja?— preguntó Luna, con los ojos muy abiertos.

— Sí, y muy buena además— Emma sonrió, recordando—. Conocía todas las hierbas y podía ver en el corazón de los demás sin necesidad de rituales de adivinación. De hecho, te llamas Luna porque ella se empeñó, en homenaje a nuestra Diosa.

— ¿Mi padre lo sabía?

— Claro, pero él siempre pensó que eran supersticiones de pueblo y no le dio la mayor importancia. El problema siempre ha sido tu madre. Creo que piensa que vuelo en escoba y que puedo hacer que se pierdan las cosechas o matar al ganado con sólo mirarlo. Por eso me ha costado tanto tiempo que te dejasen venir.

— ¿Y qué cosas puedes hacer? ¿Puedes conseguir dinero, o hacer que alguien se enamore? ¿Puedes saber lo que está haciendo alguien que está lejos?

— Es muy tarde para hablar de esto, Luna— ante su gesto de decepción, le acarició la mano mientras le sonreía—. Lo siento, tengo que arreglar el sótano porque es muy urgente que esta noche realice un ritual. Pero prometo que mañana empezaré a explicarte todo lo que quieras.

Luna se levantó decepcionada y se dirigió a las escaleras. Le habría gustado pasarse la noche hablando de todo aquello pero no quería poner a prueba la paciencia de su tía pidiéndole que le dejase presenciar el ritual. Al llegar a la puerta, se giró y se apoyó en el dintel.

— Sólo una pregunta y prometo que me iré a dormir y no te molestaré más— esperó a que su tía asintiera—. ¿Qué tipo de ritual es? ¿Qué pretendes conseguir con él?

— Ay, Luna...— su tía suspiró y Luna percibió de nuevo el cansancio y la preocupación en sus ojos—. Es un ritual de protección.

— ¿Protección? ¿Contra qué?

— Ni yo misma lo sé con seguridad, es difícil de explicar. Pero prometo que mañana intentaré contártelo— la sonrisa de su tía resultó más forzada esta vez—. Anda, vete a la cama y descansa.

Luna asintió y subió a su habitación pero fue incapaz de quedarse dormida. Se tumbó en la cama, contemplando la luna llena y el bosque oscuro, sintiendo como si aquel paisaje conectase con su interior y la llenase de fuerza. Pasó mucho tiempo dándole vueltas a lo que su tía le había contado, excitada por la posibilidad de saber más. Se sentía como si todo aquello no le resultara ajeno, como si dentro de ella hubiese existido una parte dormida que empezaba a despertar.

Luna suspiró, se concentró y recitó en voz alta, mientras encendía la vela amarilla:

— Guardianes del Este, Señores del Aire, yo os convoco a presenciar este ritual y proteger este círculo— miró por el rabillo del ojo, esperando a que su tía asintiera, y continuó—. Guardianes del Sur, Señores del Agua...

— No, no... Los Guardianes del Sur son los Señores del Fuego. Y, además, deberías haberte girado hacia el sur— la reprendió su tía.

— ¿Pero cómo voy a saber dónde está el sur?— se quejó Luna, separándose del altar para ir a sentarse frustrada al otro lado de la habitación.

— Es muy fácil. Si recuerdas que los guardines del Sur son los Señores del Fuego y piensas que el fuego es rojo, sólo deberás girarte hacia la vela roja, que era la siguiente que debías encender— le explicó ella—. ¿Y no te he dicho ya mil veces que si sales del círculo estropeas todo el trabajo y tienes que volver a empezar?

— Estoy harta ya. Llevamos tres días con lo mismo— protestó, apoyando la barbilla en las manos con cara de aburrimiento—. ¿No podrías enseñarme otra cosa?

— No, ya te he explicado que el círculo de protección es indispensable. Te servirá para canalizar tus energías y para evitar que cualquier fuerza negativa pueda afectarte. Hasta que no sepas realizar el círculo perfectamente y te sientas a gusto en su interior no puedo enseñarte nada más.

— ¿Y no podría al menos echarle un ojo a tu libro? Sólo para aprender algo de teoría...— insistió ella—. Prometo no intentar hacer nada de lo que vea.

— No, no me fío de ti. Eres demasiado curiosa. Mientras no sepas cerrar el círculo, no te enseñaré nada más— Emma sonrió ante la expresión de desesperación de Luna—. A lo mejor te estoy exigiendo demasiado. Deberías salir, buscar a alguien de tu edad...

— No, no es eso. Me encanta todo lo que me explicas. Es sólo que soy tan torpe...— explicó Luna—. A veces temo no estar hecha para esto.

— Claro que vales para esto— su tía se levantó, caminó hacia ella y la cogió suavemente por la barbilla para obligarla a mirarla a los ojos—. Si trabajas duro, podrás hacerlo. Pero el camino de la sabiduría es largo y hay que recorrerlo poco a poco, disfrutando cada detalle, y tú te empeñas en correr.

Luna observó las ojeras de su tía, cada vez más marcadas en su rostro. En los últimos días la notaba cada vez más pálida y cansada. Se preguntó si el trabajo adicional de estar enseñándole estaba resultando demasiado para ella.

— ¿Te preocupa algo?— le preguntó su tía.

— Sí... bueno... Estoy preocupada por ti. Pareces cansada y no sé si es por mi culpa.

— No, cariño, para nada. No tiene nada que ver contigo— Emma sonrió y se encogió de hombros, restándole importancia.

— Entonces, ¿por qué es?— insistió Luna—. ¿No funcionó el ritual de protección?

— Vaya, eres muy perspicaz— comentó su tía—. Pues no, no funciona como esperaba, así que estoy buscando algo más eficaz.

— ¿Pero contra qué intentas protegerte?— le preguntó Luna.

— No lo sé exactamente... Es una sensación continua en mi cabeza, como si alguien quisiera entrar a leer mis pensamientos. A veces ataca con mucha fuerza, otras es tan sutil que casi lo olvido, pero lleva semanas ahí, como si esperase un momento de debilidad— Emma pareció arrepentirse de lo que estaba contando y sonrió, quitándole importancia—. Venga, ahora viene el momento en que tú me recomiendas un buen psiquiatra.

— No, yo te creo— le dijo Luna, muy seria—. Si te puedo ayudar en cualquier ritual para que esto pare, dímelo. Intentaré no ser tan torpe.

— Muchas gracias por el ofrecimiento pero ya te he dicho que no habrá rituales de ningún tipo mientras no sepas cerrar el círculo— bromeó su tía—. Esta conversación me recuerda que necesito ciertas hierbas para el nuevo ritual que estoy preparando. ¿Quieres acompañarme al bosque a buscarlas? Creo que a las dos nos vendría bien algo de aire puro.

Luna asintió y se levantó. Le habría gustado que su tía le contase más cosas y poder ayudarla a que no se sintiera tan angustiada, pero tampoco quería insistirle y hacerle recordar todo aquello. Se forzó a sonreír despreocupadamente mientras su tía le pasaba un brazo por el hombro.

— Vamos, cariño. No te preocupes por mí— le dijo su tía mientras salían—. Serán sólo desvaríos de una vieja loca.

— Tú no eres vieja ni estás loca— protestó Luna, riendo.

— Gracias, eres un encanto. Y a cambio de esa sonrisa, te contaré un secreto. ¿Recuerdas el horrible monstruo que te dio la bienvenida tu primera noche aquí? ¿El de la capa y la antorcha?— esperó a que Luna asintiera, abrió un armario situado en una esquina y sacó una larga capa negra y una túnica blanca de lana—. Mira éstas son las ropas que se llevan para realizar nuestros rituales. En una semana o dos tendré preparadas unas para ti.

— ¿Entonces el fantasma que vi eras tú?— preguntó Luna, asombrada. Su tía fue a contestar pero una carcajada se lo impidió.

— Sí, cuando te vi en el ventanal, entré aquí por la puerta trasera, me cambie de ropa y volví a la puerta principal. Sé que la bienvenida que te di fue un desastre pero, si tuviera que organizarla de nuevo, me encantaría que fuese exactamente igual sólo por volver a ver la cara que pusiste— su tía volvió a estallar en una carcajada.

— Pues yo no le veo la gracia— dijo Luna, enfadada—. Me diste un susto de muerte.

— Está bien, perdona. Para resarcirte mañana te enseñaré a preparar cocimientos e infusiones con las hierbas que recojamos, en lugar de seguir torturándote con el círculo de protección— Emma esperó a que Luna asintiera—. Y no te preocupes por mí, en serio. No me pasará nada.

4. Sueño de otro mundo

Emma se tumbó agotada en la cama. Resultaba tan cansado enseñar a Luna... No recordaba que a ella le hubiese resultado difícil aprender cosas tan básicas como abrir o cerrar un círculo o recitar sin equivocarse las palabras de un ritual. Claro que ella se había pasado toda su niñez contemplando como su madre realizaba aquellos rituales. Para ella aquellos gestos y palabras habían resultado tan familiares como el acto de respirar. Para Luna era totalmente nuevo y ajeno a su modo de vida habitual. No tenía nada que ver con las prisas de la gran ciudad, con tareas y objetivos diarios. La magia debía ser como un paseo por el campo: disfrutar, reflexionar, empaparse de cada detalle... Y Luna nunca había hecho nada así pero mostraba un entusiasmo y unas ganas de aprender que no había encontrado antes en nadie. Lo único que necesitaba era tiempo.

Se tapó con la sabana e intentó relajarse. Los ataques a su mente parecían más débiles en la última semana. Era posible que sus hechizos de protección estuviesen dando resultado o que la persona que intentaba entrar estuviese por fin dándose por vencida. Musitó una plegaria de agradecimiento a la Diosa y, en pocos segundos, sintió como el sueño la iba venciendo.

Le pareció que caminaba por un túnel de luz blanca. Muy al fondo, una dulce voz femenina la llamaba. Intentó identificarla, preguntándose quién era la mujer que quería aparecérselo en el sueño, pero nunca antes había escuchado aquella voz. Al fondo del túnel de luz se vislumbraba la imagen de un bosque en una mañana de primavera.

Dejó atrás el túnel y empezó a caminar por un sendero del bosque. Daba la impresión de que, a pesar del radiante sol que se colaba entre las copas de los árboles, acababa de llover. El suelo estaba húmedo y las hojas brillaban, reflejando la luz. La brisa traía el olor a tierra mojada, a madreselvas en flor y, como una nota de fondo, el aire salado de un mar no muy lejano. Emma caminó despacio, dejándose seducir por un paisaje tan vivo que parecía respirar, estar cargado de una fuerza que no había percibido nunca. Se detuvo bajo un enorme roble y acarició su corteza. Podía notar la vida corriendo dentro del tronco, casi parecía que el árbol quisiera comunicarse con ella, hacerle saber que estaba contento con su visita. Se dio cuenta de que lo que cargaba el paisaje con tanta fuerza como una corriente

eléctrica invisible era magia. Lo inundaba todo, hacía crecer la vida a su alrededor, la llenaba de alegría y poder. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa.

La voz volvió a llamarla. Emma siguió el sonido hasta llegar a un claro. La luz que se filtraba entre las ramas parecía confluír en el centro, haciendo brillar una figura. Era una mujer, una joven rubia vestida de blanco. La luz que la iluminaba difuminaba sus facciones. Emma se quedó parada en el límite del claro, observando extasiada como la brisa le alborotaba el pelo dorado y hacía bailar sus etéreos ropajes, preguntándose qué clase de aparición era aquella y qué querría decirle.

— Bienvenida a Eilean, Emma— saludó la mujer.

— ¿Eilean?— preguntó Emma—. ¿Es ahí donde estamos?

— Eilean es mi mundo. Esto es sólo una representación en tus sueños— la voz de la mujer se hizo más triste—. Hace años tenía la magia y la belleza que te estoy mostrando.

— ¿Y ya no es así?— Emma se aproximó un poco más a la figura, aunque la luz que desprendía le dañaba los ojos.

— No, ahora se está muriendo— Emma creyó percibir un sollozo en la voz de la joven—. Por eso he venido a buscarte, para que nos ayudes a salvarlo.

— ¿Yo? ¿Cómo podría ayudarte?— una parte de su mente pareció lanzar una señal de advertencia. A pesar de saber que estaba en un sueño, le daba la impresión de que todo aquello era muy real y que debía saber más cosas de esa mujer antes de comprometerse a ayudarla—. ¿Quién eres? ¿Y por qué crees que yo podría salvaros?

— No tengo mucho tiempo. Eilean está en otro plano, separado por completo de la Tierra, y comunicarme contigo me cuesta un gran esfuerzo. Sólo puedo decirte que nos ha costado años encontrarte, que nuestro mejor telépata lleva semanas intentando asegurarse de que eres la persona indicada para ayudarnos a evitar que la magia desaparezca por completo de nuestro mundo, acarreando su destrucción. Y que, si tú no nos ayudas, no habrá nadie que pueda hacerlo.

— ¿Y cómo podría ayudaros?— preguntó Emma.

— Tendrías que pasar a nuestro plano para participar en un ritual que renovará la magia de nuestra tierra— explicó la mujer.

— Pero no puedo marcharme ahora. Ya sé que parece una excusa ridícula pero no puedo dejar sola a mi sobrina.

— No te preocupes por eso— le interrumpió la figura blanca—. Haremos el ritual esta misma noche. Estarás de vuelta al alba. Todo seguirá igual excepto por el orgullo de saber que has colaborado a salvar un mundo y que los dioses te recompensarán por ello.

Emma se quedó pensativa unos segundos. No sabía qué hacer. Por un lado, todo resultaba muy confuso y extraño. Le resultaba muy difícil verse a sí misma como una salvadora de mundos y no le gustaba dejarse guiar por un ser percibido en un sueño del que nada sabía. Pero, por otro lado, la mujer se había sincerado con ella, le había confesado que habían sido ellos quienes habían intentado entrar en su mente... No apreciaba mentira en su voz y sería tan triste que se perdiese tanta belleza por no ayudarles... Además, si en algún momento observaba algo extraño en lo que le pedía la mujer, siempre podría echarse atrás.

— En caso de que quisiera ayudarlos, ¿qué es lo que tendría que hacer?

— Gracias, gracias...— la voz de la mujer se llenó de alegría. Incluso la luz del sol intensificó su brillo y los pájaros cantaron con más fuerza—. Es muy sencillo. Hemos percibido un lugar de poder cerca del sitio en el que vives. Un lugar en el que el paso a otro plano será más sencillo. Alguien lo ha llenado de extrañas esculturas blancas.

— El Parque de los Desvelados. Sé donde está— intervino Emma.

— Eso es. Solamente deberás dirigirte allí y hacer un ritual de cambio de plano.

— Pero yo sólo sé realizar viajes entre planos cuando estoy dormida. No creo que pueda realizarlo de forma consciente.

— No te preocupes, no es un cambio de plano corriente. Pasarás a nuestro mundo en cuerpo y espíritu sin sufrir ningún daño— la tranquilizó la mujer—. Ese lugar de poder lo hará más fácil. Y nosotros estaremos apoyándote desde aquí para atraerte. En cuanto pases, tendremos preparado el ritual y después te ayudaremos a volver a tu mundo.

— Espero que sea tan sencillo como crees.

— Lo será. Llevamos años preparándonos para este momento. Te esperamos.

Emma despertó en su cama y se sentó, contemplando la habitación como si no pudiese creer que estuviese de vuelta. El paisaje del sueño había tenido tanta fuerza... Le había resultado tan real que, a su lado, la habitación parecía difusa e inconsistente. Se apretó las sienes con los dedos, intentando ordenar sus pensamientos. Estaba segura de que todo aquello no había sido un sueño, que aquella mujer realmente la llamaba a su lado, que la necesitaba. Pero era todo tan extraño...

Se levantó y se puso unos vaqueros, un jersey y unas zapatillas. Iría al lugar que la mujer le había señalado e intentaría realizar el ritual. Si todo había sido un sueño, no sucedería nada. Y, si en algún momento se sentía insegura, interrumpiría el ritual y volvería a la cama. Pero sabía que, si no lo intentaba, se pasaría la vida preguntándose qué habría sido de aquel lugar y si habría desaparecido por su culpa.

Salió de la habitación en silencio y echó un vistazo al pasillo. La puerta de Luna estaba cerrada. Debía de estar profundamente dormida. Bajó despacio las escaleras, intentando que los escalones no crujieran, y salió de casa. El bosque estaba tranquilo y silencioso, casi como si la invitara a un paseo nocturno. Siguió el camino que la llevaba hasta el Parque de los Desvelados, contemplando las estrellas brillantes en el cielo, pero ni siquiera su belleza consiguió disipar la sensación de inquietud que la invadía.

Luna se giró de nuevo en la cama, clavando la mirada en el techo en penumbra de la habitación. No había conseguido dormir repasando una y otra vez el ritual del cierre del círculo en su cabeza para poder demostrarle a su tía que sabía hacerlo. Pero no conseguía recordar si tenía que hacer primero el exorcismo del agua o la bendición de la sal.

Se sentó en la cama al escuchar el sonido de una puerta al cerrarse y unos pasos apagados por el pasillo. Quizá su tía también estaba desvelada. Podrían tomarse un vaso de leche juntas hasta que les llegase el sueño y, mientras charlaban, Luna podría preguntarle las dudas que tenía sobre el ritual. Se levantó y abrió la puerta. Divisó la figura de su tía, completamente vestida, que bajaba sigilosa las escaleras. La contempló unos segundos. ¿Adónde se dirigiría a aquellas horas? Por un momento estuvo tentada de volver a cerrar la puerta de su cuarto y regresar a la cama, pensando que no debía entrometerse en los asuntos

privados de su tía. Pero algo en su interior, una sensación de alarma, pareció gritarle que la siguiera, que era vital que fuese tras ella.

Se puso las zapatillas y un jersey sobre el pijama y bajó las escaleras a toda prisa. Había escuchado la puerta de la calle al cerrarse y, si no se apresuraba y su tía se internaba en el bosque, la perdería con toda seguridad. Nada más salir al porche, se agachó para que no pudiese descubrirla y observó a su alrededor. Emma caminaba por el sendero que llevaba hacia Estella. Quizá había quedado con alguien en la ciudad. Pero, ¿por qué no se lo había contado? ¿Iría tal vez a reunirse con un amante secreto? No, no era eso. Su tía se lo habría dicho y, además, había algo en su manera de moverse, alerta y furtiva, que sugería un asunto más importante. La sensación de su interior le insistía para que no se retirase, con la fuerza de una premonición. Luna dejó que su tía se alejase unos metros y después comenzó a seguirla, ocultándose tras los troncos de los árboles que bordeaban el sendero.

Emma saltó la verja y se adentró en el parque. La pálida luz de la luna se reflejaba en las blancuzcas esculturas, haciendo resaltar el oscuro pozo de sus cuencas vacías. Intentó mantener la mirada fija en el suelo que iba pisando para no ponerse nerviosa. Aquel lugar siempre la había inquietado. Hacía años que había notado el poder que emanaba de la tierra pero siempre se había resistido a usarlo para sus rituales. Le parecía que, de alguna manera, aquel poder había sido corrompido, que tenía algo de oscuro y equivocado. Sin embargo, comprendía que la mujer hubiese elegido aquel lugar para el ritual del cambio de plano. Un hechizo tan complicado requeriría toda la fuerza que pudiese reunir.

Cuando encontró un claro que le pareció adecuado, dedicó unos segundos a concentrarse y expulsar de su interior toda la energía negativa. Si estaba dispuesta a intentar ayudarles, debía dejar de lado el miedo y la desconfianza. Cualquier pensamiento que la atase a este plano le impediría dar el salto. Cuando se sintió preparada, trazó a su alrededor un círculo de protección, musitando las palabras. Contempló la luna, abrió los brazos en cruz y, sintiendo el viento que arremolinaba su pelo y parecía insuflarle poder, elevó la voz para pronunciar el ritual:

Diosa que viaja invisible a través de las brumas

En la hora más oscura convoco este poder sagrado.

Escucha esta noche las palabras de las brujas.

El gran trabajo de la magia es buscado.

Escucha estas palabras, escúchalas rimar

A ti te envió esta ardiente señal

A nuestros hermanos quiero encontrar

En otro tiempo y en otro lugar.

Que la mente y el cuerpo se remonten

Hasta lugares no alcanzados,

Que los límites se alarguen y se agranden

Hasta que un nuevo mundo sea encontrado.

Espíritus del aire, la tierra, el agua y el fuego.

Ofrezco esta rima al viento:

Removed las cadenas del espacio y el tiempo.

Dejad cruzar a esta mortal.

Sabed que mi deseo es puro y cierto

Que se abra para mí el portal.

Una pequeña luz blanquecina surgió frente a ella, flotando ante sus ojos. Emma se sorprendió. Parecía que estaba funcionando. Sabía que no tenía el poder suficiente para

realizar un hechizo tan complejo y poderoso. Eso sólo podía significar que la historia de la mujer de su sueño era cierta, que había alguien al otro lado ayudándola con el ritual. Se forzó a mantener la concentración, mientras veía que la luz iba creciendo, tomando la forma de una puerta de luz. Cuando el portal fue lo suficientemente grande, elevó la vista hacia el cielo y gritó el nombre que la mujer le había dado en sueños:

— ¡Eilean!

Sintió que la fuerza de un rayo la golpeaba y la arrojaba al suelo. Sus pensamientos se nublaron por unos segundos. Haciendo un gran esfuerzo, se levantó del suelo y cruzó la puerta.

Luna se arrodilló en el suelo, incapaz de aguantar un segundo más acucillada detrás de aquel arbusto. No sabía la utilidad del ritual que su tía estaba realizando, no había entendido nada de aquellos versos pronunciados al viento. Y tampoco entendía qué era aquella luz que había aparecido frente a Emma y que iba creciendo por momentos. Parecía que el hechizo estaba resultando como su tía deseaba, ya que en ningún momento le había dado la impresión de que se asustara o perdiera la concentración, pero Luna notaba en su interior que algo iba mal. Sentía el estómago atenazado y los nervios de todo su cuerpo en tensión, como si la impulsasen a saltar hacia su tía y detenerla. Pero no tenía el valor de moverse. Emma se enfadaría si sabía que la había seguido, así que continuó alerta, preparada para moverse si las cosas parecían complicarse.

Su tía gritó una extraña palabra y cayó al suelo inerte, como si algo con mucha fuerza la hubiese golpeado. Se quedó quieta en el suelo, desmadejada como una muñeca de trapo rota, con los ojos abiertos fijos en lo alto y un brazo doblado bajo el cuerpo en una postura antinatural. Luna saltó desde detrás de su escondite y corrió hacia ella, sintiendo el escozor de las lágrimas en los ojos, mientras rezaba para que estuviese bien.

Llegó hasta el cuerpo de su tía. Continuaba en la misma posición, totalmente quieta. De su cuerpo parecía salir una tenue y estrecha columna de humo plateada que se internaba en aquel círculo de luz que, poco a poco, se iba estrechando. Luna se arrodilló a su lado y la agitó, intentando reanimarla, pero no consiguió respuesta alguna. Continuó llamándola,

abrazándola, buscando su pulso y su respiración durante mucho tiempo, hasta mucho después de que la extraña luz se hubiese desvanecido dejándolas solas en medio del oscuro prado. Luna se dejó caer en el suelo, sentada con los ojos fijos en el cuerpo de su tía, negándose a aceptar lo que había sucedido.

Apretó su mano por última vez antes de salir corriendo. Odiaba la idea de dejarla allí sola pero debía llegar al pueblo para pedir ayuda. Quizá no fuese demasiado tarde. No podía ser demasiado tarde.

Salió corriendo del parque, buscando a alguien. Recorrió el sendero sin parar un segundo, sintiéndose desesperada, hasta que, a través del velo de sus lágrimas, divisó las luces de Estella. Agotada, siguió caminando a paso rápido, murmurando una oración para que todo aquello sólo fuese una pesadilla.

5. La promesa

Ni siquiera era capaz de calcular cuánto tiempo llevaba llorando sentada en las escaleras de entrada de la casa de su tía. Recordaba cómo los primeros rayos del sol apareciendo tras las montañas habían iluminado la ambulancia que se llevaba su cuerpo. Ahora el sol ya estaba muy alto, debía ser casi mediodía, pero no sabía qué había hecho durante todo aquel tiempo, como si ni siquiera las horas transcurriesen como acostumbraban.

Se secó los ojos con la manga de la camiseta, aunque nuevas lágrimas volvieron a surcar sus mejillas unos segundos después. Se sentía tan confusa y perdida, tan reacia a creer que estuviese viviendo un hecho real... Intentó ordenar su mente, recordar los hechos y pensamientos de las últimas horas, pero no fue capaz. Sólo podía darle vueltas a la idea de que todo aquello no era posible ni justo.

Recordaba la ambulancia y el coche de la policía y a un hombre de pie al lado suyo, haciéndole preguntas. Pero no sabía qué le había preguntado, ni qué respuestas había dado ella. Sólo sabía que él le había preguntado si quería acudir a comisaría mientras llegaban sus padres y que ella había negado con la cabeza mientras seguía sollozando. El hombre le había dicho que sus padres llegarían pronto antes de subirse al coche con una mirada triste.

Luna se levantó y caminó por el jardín, de un lado a otro, como una fiera enjaulada. Tenía que intentar tranquilizarse, así que se forzó a pensar tan sólo en sus pasos, en poner un pie delante de otro observando el suelo, intentando evitar la vuelta de sus recuerdos. Una diminuta planta llamó su atención. Se arrodilló a su lado y la arrancó, apretándola con fuerza entre sus dedos. Casi podía oír la voz de su tía explicándole que el llantén se podía usar para preparar jarabes contra la tos o infusiones que curaban las jaquecas. Cerró los ojos y pudo verla a su lado con las plantas en la mano, con aquella sonrisa que iluminaba todo su rostro.

El ruido de un motor hizo que abriese los ojos. Reconoció el coche de su padre entrando por el camino. Se levantó del suelo y fue hacia allí. El coche paró y, antes de que el motor se hubiese apagado, la puerta de atrás se abrió y Cristina apareció, corriendo hacia ella para abrazarla. Luna también se lanzó a sus brazos, sollozando con más fuerza mientras su amiga le susurraba palabras tranquilizadoras y le acariciaba el pelo.

Sintió una mano en la espalda y se giró. Su padre estaba detrás de ella, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. Luna le abrazó y sintió como él ahogaba un sollozo. Nunca antes había visto llorar a su padre y, de repente, como si no hubiera sido consciente hasta ese momento, se dio cuenta de que Emma había sido su hermana. Si ella, que sólo la había tratado un par de semanas, la echaba tanto de menos, para su padre tenía que ser terrible. Debía estar torturándose por los recuerdos pasados y, sobre todo, por la cantidad de años que llevaban sin verse y por todas las cosas que querría haberle dicho y ya no podría.

— Tienes que darte prisa en recoger todas tus cosas, Luna— la voz de su madre la devolvió a la realidad con la fuerza de una bofetada—. Tenemos que ir al tanatorio a arreglarlo todo.

Pensar en el tanatorio hizo que el estómago se le revoliera. No quería ver a su tía dentro de una caja, le habría gustado recordarla riendo, caminando por el bosque mientras le contaba cosas. Por desgracia, la última imagen que tenía de ella, su cuerpo inerte en medio de aquel claro, no se le iba de la cabeza, al igual que la sensación de que debió haber hecho algo, que sabía que algo malo estaba sucediendo y no había hecho nada por evitarlo.

Asintió a la orden de su madre y se separó de Cristina. Ella la siguió un par de pasos por detrás, sin decir nada. Se giró un momento, reticente a dejar la luz del mediodía y entrar en aquella casa que ahora le parecía tan vacía y muerta.

— ¿Necesitas que te ayude a recoger?— le preguntó su madre, dando un paso hacia la entrada.

— No, gracias. Entre Cristina y yo acabaremos en un momento.

Entraron en la casa, mientras escuchaban a su madre comentando en murmullos que aquel lugar le producía escalofríos. Luna se sintió furiosa. Aquella había sido la casa de la niñez de su padre, era el hogar de la hermana que acababa de perder. ¿No se daba cuenta de que lo que su padre necesitaba era un abrazo y no críticas y malas palabras? ¿Cómo podía ser tan insensible?

Subió a toda prisa las escaleras, seguida por Cristina. No quería enfrentarse a su madre en aquel momento, podría decir cosas de las que luego se arrepentiría. Entraron en su habitación y Luna sacó las maletas que había traído y se las pasó a su amiga.

— Necesito que me hagas un favor— le dijo, susurrando aunque nadie podía oírlas—. Tienes que meter toda mi ropa aquí mientras yo voy a recoger unas cosas de mi tía antes de que a mis padres se les ocurra entrar en la casa.

— ¿Vas a robar cosas de tu tía?— preguntó Cristina, escandalizada.

— No, no voy a robar nada— explicó ella—. Primero, porque estoy segura de que ella me habría dejado esas cosas a mí y segundo, porque mi tía estaba metida en cosas que la gente no entendería y no quiero que lo descubran y empiecen a murmurar de ella.

— ¿En qué clase de cosas?— Cristina parecía menos convencida con cada palabra que le decía.

— Nada ilegal, tranquila— Luna bajó su mochila de una balda del armario y se dirigió a la puerta—. Te lo explicaré luego. Date prisa.

Corrió por las escaleras hasta llegar abajo. La puerta delantera estaba abierta y hasta allí llegaba la aguda voz de su madre:

— No sé como Emma podía vivir aquí. Qué lugar tan sombrío... No me extrañaría nada que hubiese fantasmas. Aunque igual a ella le gustaban, como era tan rara...

Luna se detuvo, esperando que su padre dijese algo que la pusiera en su lugar, pero, como siempre ocurría, él no contestó. Pensó en salir y decirle algo ella misma. Le hubiera gustado poder defender su memoria, sobre todo ahora que Emma ya no podía hacerlo, pero sabía que nada de lo que pudiese decir haría que su madre cambiase de opinión. Lo único que podía hacer por su tía era lo que ya había decidido: ocultar las cosas que gente como su madre no entendería y que sólo producirían más críticas injustas a su persona. Intentó no hacer ningún ruido al abrir la puertecilla que llevaba al sótano. La dejó entornada a su espalda y bajó la escalera de puntillas, intentando que los viejos escalones no crujiesen bajo sus pasos.

La estancia estaba tenuemente iluminada por la llama de las velas. Se acercó a la mesa sin separar ni un segundo la mirada de su superficie, con un respeto reverencial. Aquel había sido el último hechizo de su tía, quizá su último intento desesperado por levantar una barrera contra aquel ser que intentaba invadir su mente y que debía haber sido el causante

de su extraña muerte. Los médicos podían pensar lo que quisieran, creer que había sido un ataque al corazón lo que la había matado, pero Luna sabía que no había sido así. El hechizo no había funcionado y el ser demoníaco que llevaba semanas acosándola debía haberla engañado para que realizase aquel ritual que la había matado. Se juró a sí misma que encontraría a aquel ser y que vengaría su muerte. No sabía cómo lo haría, ni los esfuerzos o el tiempo que le llevaría cumplir aquel juramento, pero lo haría.

Se colocó delante de la mesa y empezó el ritual para abrir el círculo de protección. Las luces de las velas parecían dividirse en mil reflejos dorados a través del prisma de sus lágrimas. Sin saber cómo había sucedido todas las palabras y gestos que su tía había intentado enseñarle sin éxito durante días aparecían ahora claros en su cabeza. Recordaba con claridad que la vela azul que estaba encendida servía para pedir serenidad, que la vela negra alejaba lo negativo, que la vela roja colocada en la parte sur del círculo era una llamada al Guardián del Fuego para rogarle protección. Sin dudarle un segundo, se colocó delante de la vela plateada situada frente a la estatua de la Diosa y empezó a recitar:

— Señora, te doy las gracias por haber venido a mi círculo y compartido conmigo este ritual— apagó la vela y se giró hacia la estatua del Dios—. Señor, te doy las gracias por haber venido a mi círculo y compartido conmigo este ritual.

Después fue apagando las velas que correspondían a los Guardianes, recitando las palabras del ritual sin dudar, como si hubiesen sido grabadas en su mente desde tiempos inmemoriales:

— Atalayas del Norte, Señores de la Tierra, agradecemos su presencia y protección y los despedimos en paz.

Atalayas del Oeste, Señores del Agua, agradecemos su presencia y protección y los despedimos en paz.

Atalayas del Sur, Señores del Fuego, agradecemos su presencia y protección y los despedimos en paz.

Atalayas del Este, Señores del Aire, agradecemos su presencia y protección y los despedimos en paz.

El Círculo está abierto, más nunca roto. Feliz partida y feliz reencuentro. Así sea.

En su interior sintió la firme convicción de que había realizado todos los pasos correctamente y pensó, sonriendo amargamente, que su tía se habría sentido orgullosa si hubiese podido verla. Abrió la mochila y empezó a guardar dentro todas las cosas que no quería que gente como su madre pudiese encontrar: el cuchillo ritual, el cáliz, la vara, el tablero con el pentáculo tallado... Envolvió con devoción las estatuas del Dios y la Diosa y las depositó encima de todo lo demás. Por último, se colocó delante del libro de su tía, aún abierto sobre el altar y leyó la última anotación:

Parece que al fin los resultados de mis oraciones empiezan a dar fruto. Desde hace unos días me siento más segura. Después de semanas de sentir mi mente y mi intimidad acosadas sin tregua día y noche, da la impresión de que esa presencia se ha retirado.

Ruego a la Diosa para que ese ser no haya conseguido sus propósitos, fueran cuales fueran. Nunca había sentido tanto poder, tanta habilidad para resistirse a mis visiones, ni tanta rabia ante mis defensas. Siento que, a pesar de que llevo días sin notar sus ataques, la sensación de inquietud no desaparecerá jamás. Creo que puede volver en cualquier momento y debo estar preparada para ello. Por eso, sigo manteniendo encendidas las velas del último ritual que realicé y que alejó a ese ser de mí.

Hubo momentos en los que pensé que no podría resistirlo más y si, tal como temo, ese ser sólo se ha retirado momentáneamente, es posible que la próxima vez ataque con tal fuerza que no pueda detenerle. Por eso debo seguir preparándome, estudiando para saber cómo defenderme, cómo desenmascararlo. Es posible que mis días de tranquilidad hayan acabado para siempre, que vaya a pasarme el resto de mi vida asustada por la posibilidad de su regreso.

Me preguntó si, de alguna manera que desconozco, he sido yo misma la que he atraído esta desgracia sobre mi persona. ¿Es posible que en alguno de mis viajes a otros planos algún ser de otro mundo siguiera mi rastro hasta aquí? ¿O quizá realicé mal algún hechizo y dejé abierto el círculo? No lo sé y no lo entiendo. He trabajado duro durante toda mi vida para hacer sólo el bien a mis semejantes y, según la ley del retorno, no merezco este mal, ya que nunca deseé mal a nadie. ¿Por qué tiene que suceder esto ahora, justo en el

*momento en que Luna ha entrado en mi vida y la ha llenado de luz y de nuevos proyectos?
No es justo.*

Confío en los Dioses y sé que me ayudarán, tengo que creerlo o me volveré loca. Que la Diosa me proteja y me conceda el poder y la fuerza para no rendirme.

Luna posó su mano sobre el libro, acariciando las letras con los dedos, en un vano intento de sentir de nuevo a la persona que las había escrito. Ahogó un sollozo y respiró profundamente, intentando acallar la voz de su conciencia que se empeñaba en decirle que debería haber hecho más por su tía, que debería haber insistido para que ella le contase todo lo que pasaba, que, si hubiese interrumpido su ritual, seguiría viva. Buscó sobre la mesa una pluma y escribió unas líneas bajo las últimas palabras:

Vengaré tu muerte. No sé todavía quién ha sido ni cómo vencerlo pero juro que lo encontraré y le haré pagar por lo que te ha hecho. Doy mi palabra.

Contempló lo que había escrito durante unos segundos, para que quedase grabado a fuego en su memoria. Después cerró el libro, lo guardó en la mochila con el resto de las cosas y subió las escaleras para encontrarse con Cristina. Al llegar arriba se giró y echó un último vistazo al altar, a las estanterías repletas de hierbas y libros, y susurró un adiós a una parte de su vida que le había sido arrebatada nada más empezarla.

NOTA DE LA AUTORA

Ésta es la primera parte de la saga Viajes a Eilean. El resto de volúmenes disponibles podéis encontrarlos también en Amazon. Son estos:

2- [El libro de las sombras](#)



Emma despierta en Eilean, herida y aturdida. Allí le comunican que no es la elegida que esperaban y que debe ayudarles a encontrar a la indicada entre las mujeres de su familia para que pueda salvar la magia de Eilean. Sin embargo, Emma comienza a sospechar que los propósitos de las personas que la han atraído a este extraño mundo pueden ser mucho más oscuros.

Mientras tanto, en Madrid, Luna descubre, debajo de lo que ella escribió, tres nuevas palabras, escritas con la letra de Emma, que harán tambalearse todo su mundo: “No estoy muerta”.

3- Hacia un nuevo mundo



Una vez que ha descubierto que su tía Emma se encuentra prisionera en un mundo paralelo, Luna decide que debe encontrar el ritual que le permita llegar allí y rescatarla de las garras de sus captores.

Mientras tanto en Eilean, Emma continúa firme en su decisión de no revelar ningún dato sobre las mujeres de su familia ante Aradia y sus esbirros, a pesar de los engaños y torturas a las que estos la someten. Sin embargo, la paciencia de la reina de las brujas tiene un límite...

4- El rescate



Luna ha conseguido pasar a Eilean para rescatar a Emma, pero todo el mundo le dice que su tía se encuentra al otro lado de un mar de bruma que resulta infranqueable. Sin embargo, la llegada de Deneb, un embajador que acaba de llegar del otro lado de esa

barrera, le hace plantearse que su plan de rescate puede tener alguna posibilidad.

También podéis encontrar los cuatro volúmenes juntos dentro del mismo ebook, titulado Viajes a Eilean: Iniciación.



[ENLACE DE DESCARGA EN AMAZON](#)

[LIBRO IMPRESO](#)

Si queréis hacerme cualquier pregunta o comentario, podéis contactarme de cualquiera de estas formas:

En Twitter; <https://twitter.com/Idaean>

En facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

En mi página web: <http://gemmaherrerovirto.wix.com/eilean>

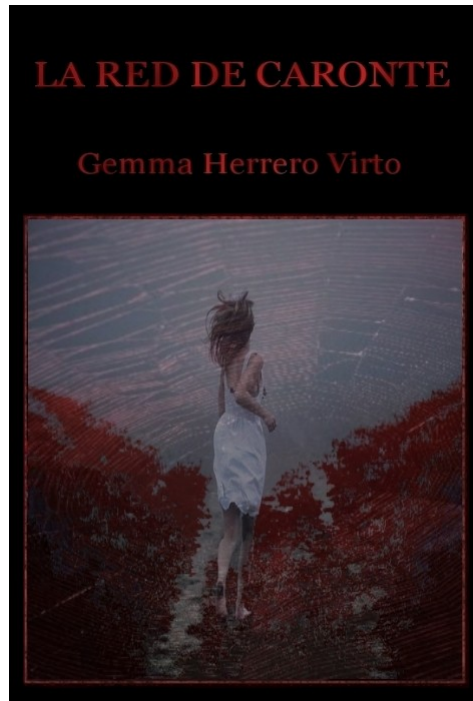
Espero que disfrutéis de la lectura de mis obras al menos una pequeña parte de lo que yo

he disfrutado escribiéndolas. Si os ha gustado este libro, no olvidéis dejar vuestro comentario en Amazon. Sólo con eso estaréis dándome un gran empujón en mi carrera como escritora.

Gracias por darme la oportunidad de contaros mis historias. Un abrazo,

Gemma Herrero Virto

[LA RED DE CARONTE](#)



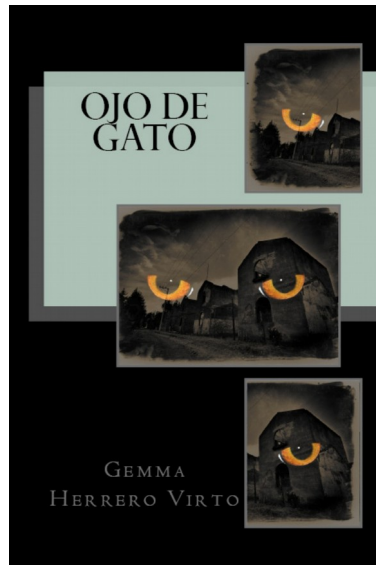
Los cadáveres brutalmente mutilados de varias adolescentes aparecen abandonados en parajes apartados de Vizcaya. No hay pistas sobre el asesino, nadie sabe nada del misterioso asaltante y lo único que tienen en común todas las víctimas es que son jóvenes solitarias.

La investigación lleva a la joven forense Natalia Egaña y al inspector de homicidios Carlos Vega a descubrir que el asesino contacta con sus víctimas a través de Internet. Usando el sobrenombre de Caronte se acerca poco a poco a ellas, descubre sus secretos más íntimos y las enamora hasta conseguir una cita que será fatal para ellas.

En esta novela se reúnen elementos clásicos de la novela negra, como la investigación policial y la psicología criminal, con las más modernas técnicas de piratería informática, en una obra en la que la tensión emocional aumenta con cada nueva aparición de Caronte.

[ENLACE DE DESCARGA EN AMAZON](#)

[OJO DE GATO](#)



Laura Ugalde, una joven catedrática de antropología, decide abandonar su vida pasada y mudarse al pueblo de Erkiaga para realizar el proceso de reconstrucción facial de una joven desconocida, cuyo cadáver ha aparecido en ese mismo pueblo y que fue asesinada unos quince años atrás.

Sin embargo, una serie de sucesos extraños empiezan a sucederle nada más llegar: episodios de sonambulismo en los que ella misma destroza su trabajo del día, fenómenos paranormales, amenazas para que abandone el caso...

Laura decide continuar con su trabajo a pesar de todas las presiones pero varios hombres del pueblo empiezan a aparecer asesinados según ella avanza en el proceso de reconstrucción. ¿Estará ella cometiendo los crímenes durante sus episodios de sonambulismo? ¿O el espíritu de la chica está consiguiendo el poder suficiente para vengarse gracias a su trabajo? ¿O hay alguien tan interesado en que el crimen no se resuelva que va eliminando sistemáticamente a todos los testigos?

[ENLACE DE DESCARGA EN AMAZON](#)

